

FRANCISCO SOTO Y CALVO

---

# EL JURADO DE LAS SOMBRAS

Misericordias Dni in æternvm cantabo.



CHARTRES  
IMPRENTA DE DURAND  
RUE FULBERT

—  
1902



# EL JURADO

## DE LAS SOMBRAS

Misericordias Dni in æternvm cantabo \*.

\* Divisa puesta por el R. P. Doctor Francisco de Ribera, en el retrato de Teresa de Jesús, que encabeza su libro de 1602, sobre la vida de la Santa.

DEL MISMO AUTOR :



<i>El Primer beso</i> (Peomita) (1882. Imp. La República, Buenos-Aires). . . . .	1 vol.
<i>Tú en mí</i> (1886. Imp. J. Biedma, Buenos-Aires).	1 vol.
<i>Poesías</i> (1880-1895. París, Garnier). . . . .	1 vol.
<i>Croquis de Italia</i> (Viajes) (1896. París, Garnier).	1 vol.
<i>Aires de montaña</i> (Viajes) (1896. París, Garnier).	1 vol.
<i>Cuentos de mi padre</i> (1897. Buenos-Aires, Coni).	1 vol.
<i>Nastasio</i> (Poema) (Chartres, Imp. Durand, 1899).	1 vol.
<i>El genio de la raza</i> (Chartres, Imp. Durand, 1900).	1 vol.
<i>Nostalgia</i> (Poema) (Chartres, Imp. Durand, 1901). . . . .	1 vol.
<i>El Jurado de las sombras</i> (Poema fantástico-filosófico) (Chartres, Imp. Durand, 1902). . . . .	1 vol.

EN PREPARACIÓN :

<i>Cuentos de Edelina</i> . . . . .	1 vol.
<i>Poesías</i> (1895-1902). . . . .	1 vol.
<i>En gaucho</i> (Versadas, pláticas y chacaneos). . . . .	1 vol.
<i>Sobre arte</i> (Artículos y disertaciones). . . . .	1 vol.
<i>Quince días en Tanger</i> (novela). . . . .	1 vol.
<i>Escenas de viaje</i> (España, Francia, Países Bajos). . . . .	1 vol.
<i>Por la Pampa y los Andes</i> (Paisajes). . . . .	1 vol.
<i>Cuentos internacionales</i> (Ensayos de sociología). . . . .	1 vol.
<i>Curado</i> (novela). . . . .	1 vol.
<i>Jan</i> (Poemita bretón). . . . .	1 vol.



FRANCISCO SOTO Y CALVO

---

# EL JURADO

## DE LAS SOMBRAS

Misericordias Dni in æternvm cantabo



CHARTRES  
IMPRENTA DE DURAND  
RUE FULBERT

—  
1902

DONACIÓN  
DE  
CARLOS OBLIGADO

“ . . . . .  
. . . como quiē vee cosas que van muy adelante de  
lo que puede entēder . . . . .”

Segunda relacion a vnos cofessores :

TERESA DE JESÚS.





## EL JURADO DE LAS SOMBRAS

---

« ¿What hands are here? Ha! they pluck out mine eyes!...  
To know my deed 'twere best not know myself ».

Macbeth, II, 2.

SHAKESPEARE.

« Hi sunt impietatis filii, qui ut flagitia sua exsequi possint..... fratres  
expellunt, et denique judicem habere nolunt ».

De Monarchia. Lib. III, cap. III.

Dante ALIGHIERI.

« Cet homme a pour prison l'ignominie immense,  
On pouvait le tuer, mais on fut sans clémence,  
Il vit ».

La Légende des siècles. Le temps présent.

V. HUGO.

« Si pretendiésemos ser lógicos, nos expondríamos á encontrar personas  
que acusar hasta en las bancas de los que dictan la ley, ó de los ma-  
gistrados que administran justicia ».

Discurso de la Legislatura.

FÉLIX FRIAS.



# I

## VISIÓN DEL POETA

¡Presto, albañiles! Grandes y chicos  
Moved los picos sin descansar...  
¡Caigan las ménsulas, salten pretilas;  
Y de las puertas los abanicos,  
Las viejas jambas y hasta el umbral!

Hoy demolemos... pero mañana  
Crecerá ufana sobre el plantel  
La selva pródiga, donde veremos  
La savia virgen americana  
Con nueva pompa reverdecer...

De nuestros nombres tal vez no quede  
Cuando el sol rueda al septentrión,  
Ni aun el sonido... ¡Pasan los hombres!  
Solo la tierra, pródiga, puede  
De lo perpetuo dar la ilusión!

Mas si hasta el llano que se transforma  
De nueva norma por la virtud,  
Muestra lo efimero del hombre y vano,  
El alma límpida no se conforma  
Con extinguirse como una luz.

Si entre el cascajo de lo que ha sido  
Rueda al olvido la gente al fin,  
Porque perpetuo triunfe el trabajo  
Pisan cimientos de lo derruido  
Las construcciones del porvenir.

Sano y fecundo fervor llevemos...  
Si demolemos sea sin hiel.  
De aquel que el odio sembró en el mundo  
La impía casa por tierra echemos  
A Dios rogando perdón para él.

¡Presto albañiles! Grandes y chicos  
Moved los picos sin descansar...  
¡Caigan las ménsulas, salten pretilos,  
Y de las puertas los abanicos,  
Las viejas jambas y hasta el umbral!

Tal, en la tarde soñolienta, cuando  
 El sonante cavar de la piqueta  
 De Palermo en el bosque resonando,  
 Con los solemnes cantos del obrero  
 Palpitaba en los juncos de la orilla  
 Del caudaloso Plata, la secreta  
 Voz del eco muriente, á la avecilla,  
 Á la brisa, á la bestia, al hombre mismo,  
 Respeto impuso.

Del tirano Rozas

La mansión que encerrara el salvajismo,  
 Era ya ruinas...

Por el mustio cielo

En cuanto el sol se desplomó al abismo,  
 Cada vez apurando más su vuelo  
 Se acercaba la noche, ave nocturna .  
 Que sobre el hondo espacio se cernía  
 Llenando con sus alas la amplia urna;  
 Y como haciendo despertar con ellas  
 Y sus ojos abrir, á las estrellas  
 Que hasta entonces durmieron...

Se diría,

Al sentir distanciarse aquel retumbo  
 Del canto que en la tarde se perdía,  
 Que el rumor que el obrero producía,  
 De las ciudades y la vida el rumbo

Iba buscando... Como el ave ansiosa  
 Que, viendo anochecer, gana el bosque  
 Do tiene el nido...

Lejos, misteriosa,  
 Desplegando el brillar de su ropaje  
 Cual alba de oro que á anunciarse empieza,  
 Comenzaba á alumbrarse Buenos-Aires  
 Con el halo de luz de su riqueza.

Á medida que el ruido se acallaba,  
 La aurora nocturnal de los fanales  
 Su abanico sangriento desplegabá;  
 Y cual se acrece en el oriente el día,  
 El fulgor de sus limpios lumináres  
 Con rapidez de incendio se acrecía...  
 Aquella vida del emporio activo  
 Tornaba aun más austero y más sagrado  
 El silencio en que hallábase arropado  
 De Palermo el derrumbe vengativo.

\*  
 \* \*

El ave de la sombra vespertina  
 Que rasaba la tierra en aquel punto,  
 Lanzó siniestro y rápido graznido;  
 De esos, con que la gente campesina,

Dice que el ave saludó al difunto  
Cuya alma en busca de oración camina...  
Y ensordeciendo el lúgubre volido,  
Gasa sutil que en el terral resbala,  
Fundiendo pronto en la negrura el ala  
Se perdió como un nombre en el olvido...

\*  
\* \*

Con sus recuerdos y la Muerte, solo,  
Huésped fatal de su revuelta entraña,  
El caserón de Rozas formidable  
Que el simple obrero derrumbó con saña,  
En la insondada soledad del campo,  
Quieto quedó como una iglesia extraña;  
Donde al sonar un místico conjuro,  
Fueran á entrar en duelo innominado;  
Los errores y el crimen del pasado  
Con las piedades justas del futuro,  
Que el Profeta soñó...

Que también tiene  
La materia al mortal encadenada,  
Como el mortal su juicio y sus pensares;  
Y el alma de los hombres se conviene  
Con el alma infinita de los mares,



Del cielo y de la tierra... que ella alcanza  
Genial á interpretar...

En las desiertas  
Sordas profundidades del crepúsculo,  
Los monótonos cantos ya extinguidos,  
Sonaron del Poeta en los sentidos  
Como la voz de las edades muertas  
Que en la hosca mar de lo que fué se hundieron  
Para nunca volver...

¡Oh, voz sublime!  
¡Oh, conmiseración! Éres rocío  
Que, hasta el humano corazón que gime,  
Destila el cielo desde la alta meta  
Siempre anhelada...

Que el Señor dispuso,  
Ecos austeros de su voz secreta :  
El trueno en lo alto, para el buen labriego  
Cuyo sembrado le demanda riego  
Cuando el fulgor canicular lo agrieta;  
El rumor de la playa, para el náufrago  
Que va en la noche sobre el mar adverso;  
Y en las humanas turbas al Poeta,  
Cuyos designios nobles interpreta

Hablando al son del cadencioso verso.  
 Pero distinto el vate á la natura  
 De que es hijo y señor, juguete y freno,  
 Transforma las desdichas en ventura:  
 Y lo que fué al temor vibrante trueno,  
 Él lo vuelve en su cántico sereno  
 Eco inmanente de Ideal ternura.

Por eso aquella tarde misteriosa  
 Cuando del todo ya en sopor fundido  
 Y en sombra nocturnal quedó Palermo,  
 Como pasa la angustia sobre el yermo  
 Donde algún grave mal se ha cometido,  
 Pasó siniestro en la región del Parque  
 Toda vida mortal desalojando,  
 Un viento milagroso, que la ruina  
 Hasta en su asiento sacudió silbando...  
 Y en un muro á la vida impenetrable  
 De pronto la rodeó...

\*  
 \* \*

Viérase, entonces,  
 Del solar entre el mudo cataclismo,  
 Surgir de tierra por su impulso mismo,  
 Muro tras muro, cámara tras cámara,

De la morada lúgubre la mole  
Que tanto al hombre derribar costóle,  
Tal como, al tigre que asolara el Plata,  
De atroz manida y de cubil sirvióle.

Iluminado por su historia ingrata  
Se entrevió el mirador; luego el redondo  
Y agreste palomar; la columnata  
Que sustentara el corredor... al fondo  
Del cual, el banco, apareció, en que Rozas  
Huyendo las visitas bulliciosas  
Solía descansar; y luego, al frente  
De éste, en la noche y el silencio envuelto,  
Brotó sus aguas (que secó la mano  
Del pueblo vengador), el turbio lago  
Que el Dictador cavara en la campiña  
Chata y herbosa... desmayóse el sauce  
Con lluvia de guédejas en las ondas  
Que lamieron su pié; do en tiempo aciago  
El astuto señor templó en el cauce  
Con su fiebre su atroz remordimiento;  
Y, descollando de las verdes frondas  
Que antaño en aquel sitio se elevaron,  
Los tres ombúes negros desplegaron  
Su rumorosa enramadura al viento  
Que en otra edad corrió... Y entonces austera,

En el ambiente reflexivo y calmo,  
Se destacó por fin la casa entera,  
Que al dictado potente de su ensalmo  
La Inmanente Bondad reconstruyera.  
Todo quedó como en un tiempo estaba :  
Solo la vida, la tremenda vida  
De aquella edad de perversión faltaba!

Ya no andaban llenando el edificio  
De su inquietud terrible y su bullicio  
En corte de impulsores y serviles  
Acompañando al gran tirano, fieles,  
Con las tímidas gentes los sicarios ;  
Que instigando los ímpetus crueles  
Del Dictador, cubrieron de laureles  
No solo sus aciertos bien precarios,  
Sino hasta los instintos sanguinarios  
De ensañada crueldad de sus lebreles.

\*  
\* \*

Mas si no hervía como un tiempo hirviera,  
La cueva del tirano y sus pecados,  
Estaba como viven, de recuerdos  
Y de sombras sin nombres habitados,  
Los recintos, un día bulliciosos,

Que la Muerte y el Tiempo, rencorosos,  
Dejaron... ¡ay!... para el mortal vedados.

\*  
\* \*

Reflexionaba el ámbito en silencio  
Cual si fuera un mortal; y se diría,  
(Si pudiera infringirse el fiel reposo  
En que la santa voluntad hundía  
Aquel local un tiempo bullicioso),  
Que aun en sus muertos ecos conservaba  
El hervor del trabajo; las febriles  
Voces de mando que el Patrono daba;  
Y el canto de los peones albañiles  
Que, en las calientes horas de aquel día,  
Al afán de la empresa que acababa,  
Del gran tirano Rozas demolieron  
La antigua habitación...

---

## II

### AMBIENTE DE BONDAD

Todo callaba.  
Un punto, empero, el corazón enfermo  
Comenzó á dilatarse de Palermo;  
Y Palermo vivió...

Mas no la vida  
Con que saca el Señor del antro triste  
Lo que su santa voluntad despierta;  
La vida remanente en que persiste  
Con la conciencia del vivir perdida,  
La esencia antigua de la edad ya muerta,  
Que Dios evoca...

\*  
\* \*

Entonces silenciosa,  
Cual destila la niebla fatigosa

Su llovizna de invierno... ó como pena  
 Que las entrañas del culpable llena,  
 Á la honda soledad que padecía,  
 Descendió desde el seno del ambiente  
 La humedad taciturna del relente  
 Que aun más el triste estadio ensombrecía.  
 Y la lluvia de gotas que caía  
 Esmaltando la tierra lentamente,  
 Con rocío de lágrimas ardiente  
 De sepulcral aspecto la vestía.

Pues era la humedad que trasudaba  
 Sobre el tremendo sitio y sus escombros,  
 No el bonaerense nocturnal rocío  
 Que el pasto de las Pampas empapaba;  
 Sino que por milagro sorprendente,  
 Las lágrimas aquellas del relente  
 Que esa noche cual nunca gotearon,  
 Eran el llanto... ¡ay Dios!... que derramaron  
 En un tiempo las madres argentinas,  
 Que, de Rozas las turbas asesinas,  
 Viudas, sin hijos, y sin pan dejaron.

\*  
\* \*

De humedad tan extraña los vapores

Fundiéronse al principio en gasa leve  
Que fluida se expandió...

Sus voladores

Celajes, se espesaron muy en breve;  
Y, cual suele de incienso la ágil nube  
Que en el cielo remóntase volando  
Mil caprichosas formas dibujando,  
Los celajes formaron un Querube,  
Que envuelto en impalpables vestiduras,  
Al blando impulso de sus alas puras  
Sobre el negro recinto fué flotando...

Sus ideales formas descubrían  
Besos del Cielo, las divinas galas;  
Y las virtudes cándidas lucían  
Como gotas de aljofar, que corrían  
Sobre el plumaje de sus niveas alas.  
Nada era en él á la natura extraño;  
Mas no su cuerpo marchitó la tierra  
Con el deleite, á lo eternal huraño:  
Exhalación de amor, recién surgida  
Del hervor de las penas maternas  
(Que es lo más santo que este mundo anida)..  
Sublimado en los filtros divinales  
El beso aquel de gracia y luz de cielo,



Solo bajaba á derramar consuelo  
 De las precitas almas en los males.  
 Porque el vapor de oración cristiana  
 Se depura del mundo, y cristalino,  
 Cuajado por la Gracia soberana,  
 Sobre la flor de la conciencia humana  
 Cae en relente de perdón divino.  
 Dios esa tarde, al contemplar la nube,  
 Que hasta sus plantas, con fervor subía,  
 Sonrió blando, y su sonrisa pía,  
 El dolor maternal cuajó en Querube.



Como en el alba de su aéreo sueño  
 El Ángel de bondad recién formado,  
 Cómenczó á despertar...

Aún la dicha

De á las plantas de Dios haber estado,  
 (Incomprensible al hombre en su beleño)  
 El divinal espíritu absorbía;  
 Pues que, en la tierra, de pecados llena,  
 Aun respiraba inmune, extasiado  
 Por la virtud de la bondad serena,  
 De una aureola cándida rodeado...  
 Pronto, dolido de la humana guerra,

Cual si el ansia mortal le humanizara,  
 En facciones de un ángel de la tierra,  
 Cambiaron sus facciones virginales.  
 Tal vez la impura vida le angustiara;  
 El hedor terrenal tal vez le hería;  
 Tal vez la voz en su interior sentía  
 De los graves dictados celestiales  
 Con que su intento Dios le revelara...

Desextasiado, acaso, percibiera  
 La misión que llevaba á los mortales  
 Aquella noche, en la planicie austera;  
 Por que ya dueño de su aérea vida,  
 Con la faz resignada y dolorida  
 El Querub se detuvo.

El rostro místico,  
 Claro de idealidad, volvió á la tierra;  
 Y el blando vuelo refrenó...

En seguida,  
 Bruma invernal que en el gramal resbala,  
 Como un ave serena plegó el ala,  
 Y á tierra descendió...

\*  
 \* \*

Y era aquel punto

El hoyo en que la mano del obrero,  
 Su fundo vindicando á la Argentina  
 De la sangrienta herencia del Tirano,  
 Al guiar la herramienta rencorosa,  
 Hizo morder al azadón, más fiero,  
 El corazón vetusto de la ruina;  
 Y al respirar con vida milagrosa  
 Cual respira ante Dios lo inanimado,  
 El corazón del sitio fue aliviado  
 Del antiguo dolor que lo royera;  
 Y exhaló hasta la altura bondadosa  
 El estertor violento del pecado  
 De que testigo y cómplice se viera!

\*  
\* \*

..  
 Sobre el sitio, de pronto desahogado,  
 Sereno, un punto, se quedó el Querube  
 La planicie al tocar...

Así, ligera,

La airosa bruma que engendró en la aurora  
 El relente que al sol prístino brilla  
 Y éste con rayo cálido evapora,  
 Se detiene, suspensa en la pradera,  
 Si, sobre el ancho campo de gramilla,  
 Se adormece la brisa pasajera

Que en su corriente la llevaba...

El Ángel

Suspense así, permaneció extasiado;  
 Pero escuchando el celestial dictado  
 Que, con los ojos, que hacia el cielo alzaba,  
 En el misterio de lo azul buscaba,  
 Puesto de hinojos, la figura esbelta  
 En el polvo humilló...

Luego, implorante,  
 Alzó de entre el escombro un pensamiento  
 Que el influjo divino de su planta  
 Hiciera germinar... Y al cielo vuelta  
 La muda voz de su plegaria santa,  
 La flor de redención llevó á los labios;  
 Y al beso que en sus pétalos pusiera,  
 Cual la luna que surge de los mares  
 Extendiendo en redor su vago imperio,  
 La corola lustral clareó el recinto  
 Como alumbran los rayos estelares  
 La augusta soledad de un cementerio.

\*  
 \* \*

La flor de luz en la divina mano  
 El Querube se alzó.

Los blandos pliegues  
De tules de bondad, dejó pendieran  
Como el paño de una ara, sobre el duelo  
Del desolado sitio.

Le veían  
Sólo los ojos del Señor : que nadie  
Le pudiera advertir.

El mismo cielo  
Con sus millones de astros reflexivos,  
Cánticos mudos que el loor decían  
Del Artífice eterno y soberano;  
Con sus insectos fúlgidos el llano,  
Chispazos de la luz entre la sombra  
Que entre la sombra, rápidos huían,  
Haciendo ver la actividad de todo;  
La brisa reservada; la hosca alfombra  
De húmido pasto y de acolchado lodo  
De la planicie absorta, en que se hundían  
Para nunca volver los tardos ecos;  
Los muros solitarios, de memoria  
Indigna, todos, ó rencor cargados;  
Aquella aurora, al parecer de gloria,  
Que la Ciudad lanzaba en lo profundo  
La frente erguida en el obscuro espacio;

La tierra en torno; el insondado mundo,  
Á las angustias del mortal rehacio,  
Donde la fuente del vivir brotaba...  
Todo, á aquella hora extraña, dormitaba;  
Todo era mudo y ciego: todo estaba  
De vista ubicua y de conciencia falto...  
Tan solo allí, sobre la ignota cumbre,  
De los destinos y del tiempo en lo alto,  
Los santos ojos del Señor veían!

Almas, abajo, y astros en el cielo,  
Claros para Él sin falsedad lucían...

\*  
\* \*

Dios meditaba en lo alto... Y, solamente,  
El fulgor de su sacro pensamiento,  
Era el encanto de la alada gente  
Que flotaba en redor... pues sus pensares  
Daban vida á los seres y las cosas,  
Como anima á las nieblas temblorosas  
Que surgen de las chapas de los mares  
El viento viajador... Y su mirada,  
Génesis de la esencia idealizada,  
Penetraba en el hombre y en el llano,  
Y en lo que ha de pasar... Dios meditaba.

Hasta sus plantas el fulgor llegaba  
 De aquella abnegación de amor materno  
 Con que oraban las madres argentinas,  
 De la maldad por el olvido eterno.  
 Y el son de las plegarias cristalinas  
 Más que el que alzara, de amargura llena,  
 El llanto de otro tiempo, y la honda pena  
 Que arrancó la crueldad, música pura,  
 Hasta las plantas del Querub llegaba  
 En vibraciones mágicas é inciertas:  
 Y á través de él, subiendo hasta la altura,  
 Escuchaba el Señor con gran dulzura  
 El llanto antiguo de las madres muertas...

\*  
\* \*

Y el Señor sonrió.

De besos y alas  
 Y armonías de luz y de almas buenas,  
 Se estremecieron las etéreas salas  
 Con divina fruición...

Bajó la vista  
 Dios, á la patria de infinitas penas;  
 Y miró con piedad al negro mundo.

Entonces de la sombra en lo profundo

Inclinóse el Querub, de amor radiante,  
Y empezó su plegaria...

Y ascendían

Cual pétalos de luz, sus oraciones;  
Y sus plegarias vívidas tenían  
El hervir sacrosanto y palpitante  
Con que sienten á Dios los corazones  
De los arcángeles...

Llovió del cielo

Refrescante bondad iluminada;  
Y entonces, para el Ángel bien distinto,  
Corrió como un frescor por el recinto  
Una aura pura, de piedad sagrada...

\*  
\* \*

Pero no solo la Bondad Inmensa  
De Dios al Ángel percibir podía;  
Que también le miraban inmanentes  
Del sepulcro, do estaban penitentes,  
Cuantos un día en la existencia entraron  
Al hosco caserón, ó le esquivaron;  
Cuantos amaron á su impío dueño  
Y fueron de sus penas asistentes  
Ó maldijeron su agitado sueño:



Todos aquellos tardos peregrinos  
 Que en un día creyéronse vivientes  
 Porque fueron, del mundo entre las gentes,  
 Sombras de humana sombra en los caminos:  
 Aspirando á saber de sus destinos  
 Todos aquellos tristes de la Historia  
 Á la palabra del Señor despiertos,  
 Solos testigos en la sombra, inciertos,  
 Al Querube magnífico veían,  
 Y su alta frase celestial oían  
 Con sus oídos tímidos de muertos.

\*  
\* \*

En qué lenguaje su oración de fuego  
 Formulaba el Querub, no fuera dado  
 Discernir al mortal; que era su ruego  
 Con la palabra angélica expresado;  
 Mas cuando el rostro dirigió á la tierra  
 Sobre la cual en surtidor fluía  
 El manto que en su albura la cubría,  
 Irguiendo el cuerpo en que la luz brillaba,  
 Con el hablar doliente del humano  
 Así á las sombras de la Historia dijo  
 Tendida hacia la noche la alba mano:  
 — « Gentes que fuisteis en la tierra un día

Víctimas ó secuaces del tirano  
 Que en este odiado caserón vivía:  
 ¡Presto compareced! »

Y el largo grito  
 Desbordóse en el cóncavo infinito  
 Cual toque de clarín!

\*  
 \* \*

Era la cita  
 Que al alma en pena atemoriza tanto:  
 Pues desbastada de la infame escoria  
 Que abandonada se dejó en la tierra,  
 Por vez primera ante un Jurado Santo  
 Llega á comparecer.

Volvió el Querube  
 Hacia los cuatro vientos la faz pura,  
 Y el bando continuó: « Y en asamblea  
 Venid á dar el veredicto justo  
 Que la vindicta terrenal desea!  
 Puesto que el vivo, en arrebató augusto,  
 Ya demolió del réprobo la casa  
 Y su polvo aventó (como los huesos  
 Del convicto barrió de las riberas  
 Del Plata undoso) vuestras ansias fieras,

También vosotros, que habitáis la noche,  
 Desahogad de una vez! La vida pasa:  
 Y con ella las glorias pasajeras;  
 Solo la acción procrea ó permanece  
 Y en ignominia, ó en loor profundo,  
 Se prolonga en los tiempos cual merece  
 Perpetuo escarnio ó bendición del mundo.  
 Rozas, triste mortal, átomo ciego,  
 Á tus víctimas todas y á tus gentes  
 Porque hoy te juzguen; ante Dios, te entrego. »

\*  
 \* \* \*

Y dejando la flor de luz y vida  
 Que irradiaba bondad del albo broche  
 Sobre el mudo recinto suspendida,  
 Por esa fuerza, al sér desconocida,  
 Que sustenta los astros de la noche,  
 Como se aleja rauda por las salas  
 Del refrescado ambiente grácil pluma,  
 La célica visión tendió las alas  
 Y el transparente cuerpo hundió en la bruma...

---

### III

#### LA JAURÍA

Si entonces un mortal favorecido  
Con anuencia de Dios allí se hallara,  
La percepción juntando de la tierra  
Del ángel puro al celestial sentido,  
De seguro que súbito escuchara  
Al espirar la citación mortuoria  
Que el Querube en contorno proclamara,  
Cual si toda una edad resucitase  
Y del hondo sepulcro se arrancase,  
Las gentes acercarse y el ruido  
De aquella edad de fúnebre memoria  
Removiendo los ecos de la historia  
Desde las hondas cuencas del olvido.

¡Formidable tropel! Hombres y cosas  
En indeciso caos compelidos,  
Cual si al odio se hubiesen concitado

Hiel recobrando sus pasiones místicas,  
 Entraron, vivos, al feudal recinto,  
 Los trasgos, las visiones, las angustias  
 Del fiero ciclo de terror ya extinto.  
 Y el caserón, revuelto en su pavora  
 Resonó aturdecido fieramente  
 Cual tumultuoso teatro de suplicio;  
 Que en zozobra aguardase, rebullente,  
 De la justicia eterna el ejercicio,  
 Bajar fulmineo á la juzgada gente.

\* \*  
 \* \*

Y aquel tumulto de hormiguero humano  
 Pronto se definió. Violenta ráfaga  
 Cual de Pampero que sacude el llano  
 Todo en torno barrió. Nubes espesas  
 Ocuparon el cielo, y con desmayo  
 Cayeron cual crespones.

#### Las centellas

Alumbraron la escena de soslayo  
 Y, ¡oh grande horror!, á los reflejos de ellas  
 Por la llanura que al tropel se abría,  
 En un bridón ligero como el rayo,  
 Al fantasma de Rozas se veía

De otros cien esqueletos perseguido,  
Aguijando su fúnebre caballo  
Que arrancaba la tierra con su callo  
Al sentir, del horror en los excesos,  
Penetrar en sus pútridos hijares  
Del muerto César los punzantes huesos!

\*  
\* \*

De todos puntos, con gritar corrían  
En malón como de indios por el llano,  
Encendidas las muertas calaveras  
Con el fulgor de sus miradas fieras,  
Multitud de esqueletos jadeantes  
Echados sobre el cuello de sus potros  
Persiguiendo al fantasma del Tirano;  
Y con la fiera grita y con la mano  
Los unos azuzándose á los otros!

De todas las Provincias en contorno  
De la inmensa República surgían,  
Cual hojas secas que arrancó el bochorno  
Y aturbonadas el Pampero impele:  
Hombres mujeres, viejos y pequeños;  
Siervos, señores, pobres, potentados:  
La honra que atrae, el crimen que repele;

La salud, que las formas dignifica;  
La débil caja de ambición gigante;  
Ignaros, sabios, frailes y soldados,  
Brotando á su rencor, desde las fosas  
Donde sus cuerpos muertos adormían  
Las mundanas pasiones rencorosas,  
En tremenda y creciente cabalgata,  
En potros relinchantes de asustados,  
Cual angustia que el ánimo arrebató  
En la tremenda agitación de un sueño  
Salían y en tropel por todos lados!  
Desde Chile, al través de las montañas,  
Hombres como caníbales venían,  
Que el aire en gritos de furor herían;  
Del alto Paraguay, cruzando el Chaco  
Otros, no menos fieros, descendían  
Con la sangre caldeada por los soles  
Cual corrosivos ácidos, viniendo  
Con crudo espantó y pavoroso estruendo  
De gentes locas... En espeso grupo,  
Cerrado por las ansias del deseo  
De ensañada venganza, otros llegaban  
Amotinando el pueblo en que pasaban,  
Del gallardo y gentil Montevideo;  
Desde Europa, al través del mar undoso:  
La tierra en su extensión, casi infinita,

Los enemigos todos del Tirano  
Volcaba en negras ondas sobre el llano  
Vibrando en torno á su tremenda grita!

Tras la forzada calma de la tumba  
Aquel turbión de furia desatada,  
Se alzaba como la onda amotinada  
Del vasto oceano cuando el viento zumba.  
Como el viento y las ondas, sus pasiones  
Encontradas, luchaban embestidas  
Sin sus cuerpos mezclar, en la carrera  
De aquellas osamentas, confundidas  
Por ansias de perdón ó de castigo.  
Pues que también allí, como en las huídas  
De las deshechas tropas en derrota,  
Bravos había, que á la débil gente  
Alentaban, con ánimo clemente  
Heroicos dando de piedad la nota!

\*  
\* \*

El concurso maldito dió una vuelta  
Larga como los tiempos, aunque breve  
Cual la condenación, á la ancha ruina  
Que en el rudo tropel temblaba envuelta,  
Cual si se hallaran los espacios llenos



De choques de olas y olear de truenos.  
 Pero al llegar ante la flor piadosa  
 Que el Querube en los ámbitos colgara,  
 Y la escena tremenda iluminara  
 Con simbólica luz y misteriosa  
 Que abrillantaba la extensión del cielo,  
 La luz se recogió... como se cierra  
 La flor de pasionaria al caer la tarde,  
 Volvióse un corazón, que en luz de duelo  
 Se desangraba...

Agonizó un instante...

¿Iráse á extinguir? Mas no... de pronto  
 Y viva, como súbito se cuaja  
 El agua helada que se torna en hielo,  
 La luz del corazón, su angosta faja  
 Proyectando en dos rayos luminosos,  
 Los dos brazos abiertos, cariñosos,  
 De inmensa cruz desparramó en el cielo!

\*  
 \* \*

Y era esa Cruz de resplandor tan suave,  
 Que, inspirando calmante devoción,  
 Su ambiente de piedad, callado y grave,  
 Llenaba de terneza el corazón.

Los átomos lucentes que expandía  
Semejaban, como ánimas, orar...  
Toda su luz rogaba, y refluía  
La fe doliente del doliente mar.

Se creyera escuchar el suave acento  
Con que habla, sin palabras, la virtud :  
Esa mezcla de goce y de lamento  
Que arranca al Ángel la promesa azul.

De las dichas celestes el dichoso  
Arrullo del espíritu del bien,  
Que oye el Arcángel que de Dios glorioso  
Llegó sin manchar á acariciar los pies...

Y aquel mudo lenguaje sin sonidos  
De la ya extinta stirpe é infeliz,  
Envolvióse del Orbe en los latidos ;  
Y la tremenda caza y sus ruidos  
Cual sueño atroz desvaneciése al fin...

\*  
\* \*

Solo quedó, callada y misteriosa,  
Frente á la inmensa Pampa silenciosa  
En su profunda noche encapotada,

La Cruz, la inmensa Cruz, solo visible  
Para Aquel que, del mundo incognoscible,  
Llama á sus pies la Humanidad cansada.

Luego el fulgor se difundió en el cielo;  
Perdióse en el azul sin dejar rastros;  
Y rasgada, la nube como un velo,  
Dejó de nuevo prodigar al cielo  
La bendición brillante de los astros...  
Mientras que ya de nuevo soberana  
Bajo el abierto seno de la nube,  
Volvió á lucir la que encendió el Querube  
Calmante flor de la Piedad Cristiana.

---

## IV

### EL JURADO

Entonces en la ruina, lentamente,  
Cual un concurso ingrávido, asistente  
Ya no con intenciones pavorosas,  
Fuése allegando muchedumbre inquieta  
De sombras y de seres y de cosas,  
Toda á compás de majestad secreta;  
Y en medio de las gentes silenciosas,  
Que iban tomando en derredor asiento  
Por dondequiera en la mansión dormida,  
Apareció, como acabó su vida,  
La sombra odiada del anciano Rozas.

\*  
\* \*

Rasgado paredón, que en pié quedaba,  
Con su vetusta mole reforzaba  
La aparición de Rozas, cual mortuorio

Cendal, echando ante él su negro paño;  
Convirtiendo el lugar, por su negrura,  
En algo como gruta de oratorio  
Bajo el gran palio de la noche oscura.  
Ya el chiripá flotante de merino  
Ni la chaqueta gaucha disfrazaba  
El cuerpo esbelto de persona culta,  
Que el caudillo sutil vulgarizaba  
Para halagar del núcleo campesino  
Y del puebló brutal, la masa estulta.

Era el que allá en la tarde de la vida,  
Bajo el calmante cielo de Inglaterra,  
Miraba su existencia acriminada  
Como mira la tierra ensangrentada  
Inquieto el criminal que al muerto entierra.  
No estaba en el sillón del escritorio  
Donde en vida sus notas redactaba;  
En cuyos rojos brazos de caoba  
Tantas veces las uñas de su mano  
Con ímpetus de ira, el gran tirano,  
Á la menor contrariedad clavaba:  
Entre las ruinas, como ruina, estaba  
Transido por la pena...

## Casi llena

De fantasmas la obra se veía,  
Del destronado César en contorno;  
¡Y todos seres grandes! Se diría  
Que aquel concurso, al revivir, había  
Hecho volverse el tiempo y la memoria,  
Volcando en las fronteras de dos siglos  
Toda la dura estirpe y los vestiglos  
Que poblaron un tiempo nuestra Historia!

Puesto de cara á la reunida gente,  
Como se ve en las cortes al malvado,  
Con la mano apretábase la frente  
El espectro infeliz del gran culpado.

En el sillón presidencial, que quiso  
Con sangre ennoblecer de sus arterias  
Por la asesina daga traspasadas,  
El feble anciano Maza, el enfermizo,  
Dúctil carácter en el rostro impreso,  
Descubría el temor en sus miradas:  
El cuello abierto por la enorme herida  
Por do escapóse el miedo con la vida!

Allá muy cerca, aun muerto, desdeñando  
La misma muerte que turbar no pudo

Su corazón soberbio de rebelde ;  
Por la órbita vacía, donde el plomo  
Con la agria muerte antes que el miedo entrara  
La corrosiva sangre derramando,  
El imponente y colosal Facundo  
Gira en contorno el ojo que le resta ;  
Cual si la mano de su dueño, presta  
Estuviese á lidiar con todo el mundo.

López, al lado, pálido y cetrino,  
Contraída la faz por el veneno,  
Y ensangrentado el labio viperino  
Por la presión de angustia de los dientes,  
El mirar turbio, de traiciones lleno,  
Pasea por las filas de asistentes...

Cúllen su herida aprieta con la mano  
Junto del anterior, la faz resuelta  
En su pañuelo de espumilla envuelta  
Con estupor fijada en el tirano.

Rodríguez á la espalda está de Maza,  
Fulgurantes los ojos como el puma  
Pronto para embestir... Mas de su herida  
La sangre, que hasta el poncho le traspasa,  
Cristalizando en coágulos su espuma,

Le forma sobre el pecho una coraza.

Tras éste, ocultos, como aún queriendo  
 Escapar á los ojos del tirano,  
 Los Reinafé, insidiosos, pretendían  
 El rencor y la ira que sentían  
 Guardar ocultos en el pecho en vano;  
 Y del pecho en jadeo sobrehumano,  
 Refulgurante vena, chorreaba  
 Un líquido sanguíneo que, humeante,  
 Con el polvo en el aire palpitante  
 Que el extraño concurso levantaba,  
 En dolorida fuente se mezclaba...

\*  
 \* \*

Era un remanso vivo y cabrilleante  
 Que al ser herido por la luz sufría;  
 Y en donde el resplandor que se emanaba  
 De la flor, que en el ámbito lucía,  
 Cual castigante fusta penetraba.  
 Como absorbido por la luz, se alzaba  
 De aquella sangre, al divinal contacto  
 Del fulgor de la lámpara votiva,  
 El vapor que la escena ensangrentaba,  
 Derramando en la hondura de la noche



Un perfume brutal de odio y reproche.

¡Que era triste mirar los rostros muertos:  
De los que allí en contorno se sentaban,  
Y por ver al Tirano se empinaban  
Los huecos ojos por el ansia abiertos!

\*  
\* \*

Insiarte, Ezcurra, el general Urquiza;  
Arana, Corvalán, Alberdi, Oribe;  
Marcó del Pont, Balcarce y Escalada;  
Rivera Indarte, aún con la sonrisa  
Que cohonestaba á su expresión zahareñ  
Falsa en los labios: Costa, Vélez Sársfiel  
Avanzado á su edad, siempre severo:  
Aguirre, Llavallol, Ituarte, Peña;  
El Manco Paz, con la expresión airada:  
Torres, Mansilla, de Angelis y de Oro,  
Y el cuerpo diplomático extranjero,  
Ocupaban del centro la bancada.

Y á espaldas de ellos, con igual decoro,  
Llenando las vetustas graderías  
Que un tiempo vieron la terrestre escena  
Agüero, Alsina, Del Carril y Frías,

Á flor de sus semblantes la alma buena;  
Riglos, Maissón y Lynch, los Anchorena,  
Arroyo, Castañeda y Escalada;  
Oliden, Salces, el sin par Belgrano;  
Garzón, Ferré y el elegante Guido;  
Lucas González, el varón querido;  
Garrigós, el buen Gómez, Irigoyen:  
Aquel franco y valiente ciudadano  
Sincero hasta en su error, el gran Varela  
Cuya fiel convicción mantuvo escuela  
En medio del desquicio soberano;  
Soler, Terrero, Trápani, y Almeida;  
Sarmiento, Mármol; triste Echeverría,  
El que pudo solo él llenar la historia  
Con el destello de brillante gloria  
Que tan sólo su patria no advertía;  
Como en la tarde de su edad, Gutiérrez,  
Que en su letrada idealidad vivía;  
Castelli; el fiel Lavallo sin segundo,  
Sólo á engañarse y á prohijar sus culpas  
Como un ángel rebelde echado al mundo;  
El joven Maza; el digno Avellaneda  
Con Pinedo y Viamonte, en noble rueda;  
Y varios cientos más, á que el camino  
De la insondable eternidad abriera  
La agitación que Rozas promoviera

Ó el aleve puñal de un asesino,  
 Formaban el jurado todos juntos :  
 Cual si otra vez, como en la patria un día,  
 Les moviera los pechos ya difuntos  
 El patrio fuego que en su sangre ardía.

Y aquí y allí, por dondequier sentados,  
 En bancos de testigos ó acusados,  
 Mil redivivos más, entré las sombras  
 Alcanzábase á ver... seres sin vida  
 Por milagroso ensalmo despertados  
 Para el Concilio aquél.

Parra, Mariño,  
 Garretón, Victorica, Alem, Troncoso,  
 Merlo, Alvarado, Robles y Cuitiño;  
 Moreira, Salomón, Viera, Amoroso,  
 Larrazábal, Boneo, Aldao, Badía,  
 Heredia, Ibarra, Thorne, Virasoro,  
 Ramírez, los Carrera, el viejo Chacho,  
 Rivera y otros más; y entre ellos, muchos  
 Testigos solamente, que al llamado  
 Del bando del Querube concurrieron,  
 Para estrechar al tigre acorralado,  
 Que antiguas culpas é impiedad rindieron.



Y á punto que el Congreso se llenaba  
Con inocente tanto y asesino,  
Temblaba cada cual por el destino  
Que la bondad de Dios le deparaba  
Por una eternidad...

De aquellos pechos  
Unos aviesos, otros honorables,  
Casi igual oración se levantaba  
Hacia el Señor, que disponiendo el sino  
De gentes y naciones que sustenta,  
Hoy las hace fecundas é indomables,  
Con designios, mañana, inescrutables,  
Estériles las vuelve ó las avienta...

¡Ay! Que la raza humana tan henchida  
Está de maldición, que dondequiera  
Que vaya el pensamiento en triste huida,  
Tanto en la eterna, como en ésta vida,  
Sólo castigos desde lo alto espera...

Y el alma, sin calor repliega el broche,  
Con la conciencia siempre adolorida...  
Avecilla infeliz, despavorida,  
Que en bosque extraño sorprendió la noche!



Cuando bajo de la urna constelada  
Todo se halló, el concurso, al fin reunido,  
El aire, el cielo, el río, el campo abierto,  
En tan honda absorción quedó sumido,  
Que el Orbe mismo se creyera muerto!

Mas un soplo pasó, de influencia nueva,  
Que de su honda abstracción sacó á la gente;  
Y empezó á germinar la vida humana,  
Como se acrece el ruido en la mañana  
Al fulgor y al calor del sol naciente.

Uno muévese aquí; tose, más lejos,  
Alguno de los fieros concurrentes;  
Voces que aumentan; palpitar de vidas;  
Crece la vibración y los rumores;  
Y bajo la alta y estrellada tienda,  
Empiezan á sentirse los fragores  
Que elevan los ansiosos oradores  
En la inquietud del Ágora tremenda...

---

## V

### LA ACUSACIÓN

Del propincuo sitial, la faz erguida,  
Maza se levantó; tendió la mano,  
Y señalando á Rozas,

— Habla!

dijo;

Hemos venido aquí para juzgarte  
Lejos de las miserias de la vida;  
Y tu voz de esqueleto, entre esqueletos,  
Sin reticencias ya, ya sin secretos,  
Sirva para perderte ó vindicarte!

\*  
\* \*

Apenas terminara el Presidente,  
Sobre su escaño alzado de repente

— ¡Hablen los que le acusan!

dijo De Oro,

(Con esa autoridad de voz discreta  
Que hizo en la tierra su caudal sonoro).

Yo, por mi parte, ocultaré los largos  
Martirios de la Patria y su desdoro:  
Harta inmundicia en torno nuestro vemos;  
Ni el recuerdo de días tan amargos  
Á la triunfal posteridad leguemos\*...  
Luego hablará y levantará los cargos  
De que acusado está!

— ¡Que hable Lavalle!

Gritó una voz...— ¡Que Mármol ó Sarmiento  
Funden la acusación!

Otros gritaban...

\*  
\* \*

Pero, pasado en voces un momento,  
La inquietud importuna y el bullicio  
De súbito calmóse.

Y levantado

Entre un grupo de espíritus selectos,

\* « He visto tanto lodo, que ¿para qué legarle más inmundicia á la Posteridad? » : Palabras del célebre discurso de Don Domingo de Oro.

En un instante á la quietud propicio,  
 Alzóse en su sitial un hombre hermoso,  
 Mezcla de evangelista y de patricio,  
 De rostro augustamente resignado  
 Y de mirar profundo y doloroso :  
 Como á mirar la vida acostumbrado.

Era delgado y alto. Parecía  
 Más que lo fué en la tierra, melancólico.

— ¡Es el Poeta!

Algunos prorrumpieron.

Y así que, todos, en silencio fueron,  
 Comenzó en esta forma Echeverría :

\*  
 \* \*

— ¿Recordáis compañeros?

En la tierra

Entre el fragor de fraticida guerra,  
 Bajo signos augúricos adversos,  
 Escribí con la sangre de mis venas,  
 Sollozando al rumor de las cadenas  
 Estos vividos y sufridos versos :

« ¡Compañeros, salud! Al fin exento  
 De esperanza ó temor, mi pensamiento



Rompe el sueño fatal que le oprimía,  
 Y en medio del silencio pavoroso  
 Osa hablaros con eco poderoso  
 De Patria y Libertad la Musa mía.

¿Y. podré, acaso, refrenar mi lengua,  
 Cuando el luto y la mengua  
 De la mísera patria estoy mirando?  
 ¿Cuando, solo en su mal, los ojos fijos,  
 Gimen y callan sus bastardos hijos  
 Sus antiguas virtudes olvidando?

¿Cuando, dado al temor y al egoismo  
 Ve sentarse, paciente, al despotismo  
 Sobre el trono sagrado de las leyes,  
 Un pueblo que fué libre, y cuya espada,  
 Con gloria y con honor siempre vibrada,  
 Hizo temblar á los inicuos reyes?

¿Cuando á la faz del mundo, impunemente,  
 Una turba venal, necia, impudente,  
 Instrumentos estúpidos de un hombre,  
 Hoy se atreve á vender nuestros derechos  
 Conquistados con sangre de mil pechos  
 Dignos de admiración y de renombre? »\*

\* « Á la juventud Argentina » (D. A. D. L. C.) Del autor de los « Con-  
 suelos ». Esteban Echeverría. Montevideo, Marzo 1835.

¡Hoy, ved á ese hombre ahí! Como os decía  
 Con franco verso en el destierro un día,  
 Os repito: — ¡Ese es Rozas, el culpable!  
 ¡De la culpa, las penas, no redimen;  
 Más que el castigo formidable al crimen,  
 La justicia enseñemos formidable!

¡Que los niños aprendan en la cuna  
 Que los pueblos modelan su fortuna  
 Con los cinceles del derecho humano:  
 Que dignos son de universal grandeza  
 Los que saben rasgar con su fiereza  
 La vil coyunda que forjó el Tirano! \*

¡Culpables fuimos de la indigna afrenta!  
 ¡Todos debemos á la Historia cuenta  
 De haber dado al mandón nuestros derechos;  
 Más que á la infamia que concentra este hombre,  
 Castiguemos, llorando, nuestro nombre,  
 Y arranquemos la piel de nuestros pechos!

No reavivéis las horas de vileza  
 Que se pasaron ya... Con entereza  
 Más que al culpado, castigad la culpa;  
 Entregad al desprecio el cruel Tirano;

\* Esteban Echeverría, « Dogma de Mayo ».

Nó le tendáis, si no queréis, la mano,  
Mas nunca halléis á nuestro error disculpa!

El Vate se sentó; casi lloraba.  
La mano se pasó por la ancha frente  
Y la frente inclinó...

\*  
\* \*

Con tono amargo,  
Y como en vida, con decir mordiente,  
Rivera Indarte alzando el rostro largo  
Donde sus ojos agrios relucían,  
Las estrofas siguientes, rencorosas,  
Silbó con odio, fustigando á Rozas :  
— ¡Miradle! Hoy no eleva, cual tiempo remoto,  
La vista imperante; hoy no hace alboroto.  
« De tristes difuntos colmado ha un osario,  
Y aun que de costumbres algo manirroto  
Ostenta en el pecho hondo escapulario.  
Ocupó un gobierno; fué maestro de escuela,  
General muy luego, y hoy restaurador;  
Ninguno en su potro más rápido vuela,  
Y es en teología graduado doctor. »\*

\* José Rivera Indarte. « La Alborada » (Canto) Campo de Echagüe.  
Montevideo 1841.

« León que solo supiste asesinar...  
 Cuando Satán el libro del pecado  
 Gozoso lleve al juicio divinal,  
 Tú borrarás sus páginas horribles  
 Y el fiel de la balanza inclinarás. »\*

¡ Oh Pueblo! Vengarte, ya al cabo te toca,  
 Del torpe que intenta llamarse señor...  
 « Levanta la frente, los tuyos convoca,  
 En plazas y templos resuene tu voz,  
 Y al crudo Tirano proclame tu boca  
 Del hombre enemigo, maldito de Dios! »\*\*

\*  
 \* \*

El agrio publicista, entre un murmullo,  
 Callóse, y se sentó. Silencio espeso,  
 Preñado de rencor y de reproche,  
 Se extendió en derredor por todo el sitio  
 Los ámbitos llenando de la noche;  
 Y entonces Maza, que se alzó de nuevo,  
 Vuelto hacia Rozas, por que más no hablara  
 Gente que el odio acerbo destilara,  
 Así le dijo con dicitario amargo:

\* « José Rivera Indarte. Al rosario ». Montevideo 1834.

\*\* Ibidem: « Al Obispo Medrano ».

— Puedes ya comenzar, que mis heridas  
 Esperan, enconadas, doloridas,  
 El tópicó de bien de tu descargo.  
 Yo fuí tu amigo. Por tu bien, consciente  
 Arrostré hasta de mi hijo los enojos;  
 Y tal vez á tu mando, ante tus ojos,  
 Muerte me dió tu sanguinaria gente.\*  
 Dí que no fuiste tú: que tan villana  
 Acción se cometió sin tu consenso;  
 Y vuelva á entrar en mi ánima cristiana,  
 Desalojando en ella el asco inmenso,  
 La fe perdida en la conciencia humana.

\*  
 \* \*

Quando Maza calló, Rozas movióse;  
 Y el infeliz habló, sin levantarse,  
 Apretado de horror contra sí mismo  
 En el banco en que un día contemplóse,  
 Pudiendo hasta con César compararse,  
 Omnipotente al sol del despotismo.

Y hablaba el infeliz con el acento

\* « Rozas decía que había muerto al padre anciano por no darle el pe ar  
 le ver morir á su querido hijo que igualmente hizo matar » Sarmiento:  
 « Juan Facundo Quiroga ».

Con que en las noches frías de sudeste  
Gime, en las ramas del sauzal agreste;  
Enronquecido por la lluvia el viento.

— ¡Héme sumiso aquí!

Purgar ansío

Entre vosotros mismos mis pecados :  
Los inconsultos crímenes, ¡Dios mío!  
Cuyo recuerdo pálido y sombrío  
Me asalta con rencor por todos lados... \*

¡Casi treinta años de vejez, muriendo  
Á solas en la tierra con mi crimen!  
¡Y casi treinta de purgar sufriendo  
Del castigo de Dios el mal tremendo,  
Aun no mi nombre de mi error redimen? \*\*

¿Qué más queréis? ¡Padrón de la Argentina  
Sufrió en la ancianidad continuo agravio!  
¡Si gobernante erré, si fui severo,  
Jamás en la frialdad del extranjero  
Dejó á la Patria de ensalzar mi labio!

\* « En sus últimos años ni aun á su familia recibía ». Terrero.

\*\* Que Rozas mandara degollar ó que consintiera que se degollara, nos es indiferente. Si tenía el poder de mandar *no* hacer en vez de mandar hacer, él es el responsable y el culpable: el tirano ». Mansilla. « Rozas, CVII, LV. »

Verdad que nunca en la fraterna guerra  
 Quise imitar al triunfador del Ande;  
 Pero en mi cárcel triste de Inglaterra  
 Seguí el ejemplo que su vida encierra  
 Y viví honestamente, como el Grande!

Con la vista angustiada por el ansia,  
 Yo miraba, al través del mar undoso,  
 El rincón de Bolonia silencioso  
 Donde extinguióse San Martín, en Francia!

Cuando pienso murió, como yo mismo,  
 Abandonado allá en el extranjero;  
 De la Justicia humana ante el abismo  
 Me pregunto, si el pueblo, en su egoísmo,  
 Fué con ambos injusto ó justiciero.

Si á quien le dió la libertad dejaba  
 Morir mísero, un día, en cruel ribera;  
 Á aquél que sólo insultos le arrancaba  
 Y persiguió con hiel, como á una fiera,  
 ¿Por qué á morir lo mismo le obligaba?

Es que había, á pesar de mis errores,  
 Grandeza en estas manos asesinas;  
 Y los pueblos, violentos dictadores,

À sus héroes, cansados de echar flores,  
Les coronan las frentes con espinas...

Si, para darnos patria, desbarata  
En Maipo, San Martín la hispana tropa:  
Yo salvo su obra de anarquía ingrata;  
Y la vuelvo á salvar, luego, en el Plata  
Librandolá de la ambición de Europa! \*

¿Cuándo acertabas tú, pueblo argentino  
Á quien siempre adoré ¡no obstante todo!  
Cuando flores vertiste en mi camino, \*\*  
Ó cuando te cebaste en mi destino  
Mi vil miseria sepultando en lodo?

\*  
\* \*

— ¡Fuera!

Gritó Facundo. Este cobarde.  
Con San Martín se iguala, haciendo alarde,  
Como en vida, de audacia y de inmodestia...

\* « Pero no se vaya á creer que Rosas no ha conseguido hacer progresar la Republica que despedaza: no, es un grande i poderoso instrumento de la Providencia, que realiza todo lo que al porvenir de la patria interesa » Domingo F. Sarmiento. *Civilización y barbarie*, C. II. »

\*\* « Nunca hubo gobierno más popular, más deseado, ni más sostenido por la opinión. » *Ibidem* Sarmiento.



Fuése á Europa á juntar más villanía  
 De la que en su alma ruin antes tenía;  
 Logró perfeccionarse en la patraña,  
 Y, como vivo alguna vez lo hacía,  
 Es seguro que si habla, nos engaña!

— Nos ha de convencer, como ya lo hizo,  
 Dé que bien nos deseó; de que nos quiso  
 Como á buenos hermanos...

— ¡No le dejen  
 Ni que pretenda hablar!

.. Ronco de ira  
 Rodríguez exclamó. Y á su alarido  
 La enorme concurrencia de cadáveres,  
 Contestó de la mar con el ruido  
 Cuando empieza á crecer...

..

\*  
 \* \*

— « Perdón y olvido! » \*

Don Justo dijo: don José de Urquiza.  
 Mas á su frase se exaltó más fiero  
 Ya en formidable grito y entrevero  
 El revuelto motín.

\* Palabras del Gobernador de Entre-Ríos: General don Justo José de Urquiza.

Otro poeta,  
Gutiérrez, el de clásica memoria,  
Clamó solemne, conteniendo á todos  
Con el sonido de su voz discreta :

— Conciudadanos, que de varios modos  
Habéis honrado la argentina historia  
Hasta en el mal de vuestro engaño mismo,  
Siempre sincero... levantad la mente;  
Mirad á la Justicia frente á frente,  
Y al castigado por tremendas sañas,  
Con arreglo al derecho y la conciencia  
Juzgad serenos... Libres de egoísmo,  
Las almas nunca á la piedad hurañas,  
Dejad se excuse... La fatal demencia  
Que bebió con las aguas del bautismo  
Fué su condena... No le hagáis violencia...  
« Maldecido de Dios, en sus entrañas  
De vencedor, se aposentó el infierno;  
Rodeóle de tiniebla, y al oído  
El ángel expatriado de los cielos  
Aconsejóle el mal... Sobre ruínas  
El bárbaro fundó su férreo trono  
Y en sangre de sus víctimas teñido,  
Vistió la roja púrpura: las plantas  
Puso en el escabel donde se alzaba

El genio santo de la Patria antigua,  
Y el celeste pendón acribillado  
Por gloriosa metralla, dió á la burla! » \*

\*  
\* \*

— ¡Bárbaro! ¿Tú también? Gritóle Rozas.  
¿Tú, el ponderado, el hombre sin violencias?...  
¿Aun azuzas las turbas rencorosas  
Y emponzoñas con odios las conciencias?

¿Yo, el pendón de mis padres di á la burla?  
Yo, que por darle su grandor primero \*\*  
Mi fortuna y mi honor eché por tierra;  
Mientras tú y otros, por hacerme guerra,  
Dabais pedazos de él al extranjero? \*\*\*

¿Dónde estabas, cuando él, apuntalado  
Por el genio y valor de este asesino,  
Del francés, y el inglés, y del Destino,

\* Juan Maria Gutiérrez : « En un convite de Argentinos proscriptos ». Valparaíso Mayo 25 de 1846.

\*\* « Una idea fija lo domina: la reconstrucción del antiguo Virreinato de Buenos-Aires » Sarmiento. Civil. Barb.

\*\*\* Sarmiento hacia en Chile, el primero, reivindicar para aquella República enemiga parte del Estrecho de Magallanes, y con ella Punta Arenas. Véase Saldías, Historia de la Confederación Argentina. El Paraguay-Argentino, etc., Trámite de Las Islas Malvinas, Asuntos con el Brasil.

De quienes eras, contra mí, el aliado,  
Defendió, con Mansilla, en Obligado  
La potestad del flumen argentino?

¿Me ayudaron tus frases cristalinas,  
Gloria de nuestro numen castellano,  
Á arrancar de las garras del britano  
El despojo brutal de las Malvinas?

¿Te hallas tú, acaso, bajo el palio incierto  
Del cielo de la Pampa misterioso,  
Cuando voy á turbar en su reposo  
Á las salvajes tribus del desierto?

¿Dónde está tu partido de gritones  
Cuando, apenas caliente del rescoldo,  
Cómo asados de yeguas, en el toldo  
Donde voy á asentar nuestros pendones?

¿Y no es digno, siquiera, de respeto,  
(Aun en medio de múltiples errores),  
El esfuerzo constante, y el secreto  
Ambicionar para la patria mía  
El esplendor magnífico, que un día  
Soñaron en lograr nuestros mayores?

¿Ó administrabas tú la patria aquella  
Reuelta como en lucha de chacales,  
Donde sólo dejaba roja huella  
Cual deja en los sembrados la centella,  
El paso de las turbas criminales?

¿Tú tuviste que hacer, con sangre y llanto,  
De la paz de tu hogar, fiera locura;  
Y te mordió la entraña, por ventura,  
Dejando, como en mí, perpetuo espanto,  
El cáncer de tu infame dictadura?

¿Tú me viste gozar como tirano?  
¿Ó alguna vez en la lasciva orgía,  
Supiste que escanciara con su mano  
La virgen del deleite soberano,  
El vino amargo de la dicha mía?

¿Te hallabas tú en mi casa de Palermo,  
Y como á mí el gobierno te retrajo,  
Cuando yo con la fiebre del trabajo,  
Y viejo, aun siendo joven, como un yermo  
Miré la altura á que llegaba enfermo  
De mi misión y mi esperanza abajo?

¿Ó estabas, tú, calmando mil revueltas

En las islas y el llano y la montaña:  
 Todos los males y las furias sueltas,  
 En lucha con tu patria y con la extraña?

¿Acaso estabas tú con Thorne fiero,  
 Cuando llorando sangre de patriota,  
 Hizo pedazos la extranjera flota  
 En el Paso inmortal del Tonelero?  
 ¿Ó antes de eso... en...

\*  
 \* \*

— « Las Musas son divinas... »

Y edifican ó arrasan sin cañones...  
 (Interumpióle el Vate tristemente)  
 Si no lanzan metralla demoliente,  
 Pasan las cumbres de la gloria, andinas,  
 Haciendo despertar generaciones!

« Las Musas son divinas

Cuando abrazan las urnas funerarias,  
 Ó las acciones torpes ó nefarias  
 Coronan con espinas!

Cuando el sueño perturban  
 Del Déspota, con hórridos espectros  
 Y al son punzante de acerados plectros

La conciencia le turban! » \*

\*  
\* \*

Iba el tirano á replicar... mas, rudo,  
Y formidable, como en vida hiciera,  
Convirtiendo su pecho en propio escudo,  
Sarmiento se arrojó cuerpo adelante,  
Y así cual ruga el poderoso trueno  
Que levanta un derrumbe de montaña  
Del fondo de los llanos rebotante,  
Cuando el crúdo ciclón tala los campos,  
De su oratoria bárbara con lampos  
De aquellos que llamean en Facundo,  
Ante el bronco concurso arrebatado,  
Arrastró la memoria del culpado  
En el perpetuo estercolar del mundo.\*

¡Era el peñasco que sus manos grandes  
Para arrojarlo al cráneo del tirano,  
Arrancaron, en vida, de los Andes; \*\*  
Y produciendo huídas y desbandes

\* Más de una vez el formidable polemista, enlodó la patria y se ensució él mismo, por arrojar más lodo sobre el tirano.

\*\* La caída del « Facundo ó Civilización y barbarie » desde las alturas de Chile, como lo dijo su autor, fué un lute político (inmortal para las letras argentinas) producido por ese peñasco que él arrancara de la Cordillera, para lanzarlo á la cabeza de su enemigo.

Llegó hasta el Plata, rastrillando el llano!  
Y antes que el gran Lictor de los proscritos  
Su discurso acabase, en desenfreno  
De palabras, de gestos y de gritos,  
Otro poeta alzó la voz, dejando  
Como al sonar de un trueno  
    Á su voz retemblando  
    Con ecos infinitos  
El gran recinto de fantasmas lleno...

Era el tremendo Mármol, cuya nota  
Remedando el fragor de las batallas,  
Superaba en estruendo á las metrallas,  
Y aun á la mina que en la cuenca explota!

El émulo del genio de Facundo,  
Que, á la impulsión de su destino adverso,  
Fué descolgando el trueno de su verso  
Por toda la ancha redondez del mundo!

El que dejó en las cumbres y en las simas,  
Y en la ciudad, y hasta en el mar ignoto,  
Como el eco brutal de un terremoto  
El resonar de sus brutales rimas.

El que viviendo en odio soberano,  
Y palpitando en él, casi sublime,



Dió el Himno Cruel, que á la nación redime  
De la vergüenza en que la hundió el tirano.

\*  
\* \*

— « Prestadme tempestades, vuestro rugir violento  
Cuando revienta el trueno bramando el aquilón;  
Cascadas y torrentes, prestadme vuestro acento  
Para arrojar á Rozas tremenda maldición! »\*

No quiero que humanice, mañana, mi memoria,  
Si se me llama á juicio, ni un rastro de piedad;  
El odio, el odio inmenso será mi inmensa gloria:  
Que más que á mi alma quiero la patria libertad!

· Tuviera yo mil glorias, mil veces las perdiera  
Por extirpar la hiena, que al pueblo hace sufrir;  
En odio á los tiranos llamear el Orbe hiciera  
Aunque el salvaje incendio me devorase á mí.

« ¡ Si, Rozas, te maldigo! Jamás dentro mis venas  
La hiel de la venganza mi espíritu agitó;  
Como hombre te perdono mi cárcel y cadenas,  
Pero como argentino las de mi patria, ¡ nó! »\*\*

\* José Mármol. « A Rozas », el 25 de Mayo: 1843.

\*\* José Mármol. « A Rozas », el 25 de Mayo: 1843.

Que Dios de mis rencores castigue la vehemencia,  
 Si el olvidar la infamia acrece la virtud;  
 Que yo caeré al Infierno radiante de insolencia  
 Contento con el odio que me inspiraste tú!

« Sí, Rozas, vilipendia con tu mirar siniestro »  
 El sol de la Justicia que tan opaco está;  
 Obtén atenuaciones, que « el porvenir es nuestro :  
 Ni el polvo de tus huesos la America tendrá! »\*

Escucha de mis versos la lúgubre armonía  
 Que embriaga de los niños el sano corazón :  
 Los años se han pasado, pero al clarear el día,  
 Aun turbate en la tumba mi eterna maldición!

Aun muerto te maldigo. La Historia me condene  
 Si sigo á mis rencores, tras de la muerte, leal ;  
 Tu nombre como símbolo de los tiranos, suene,  
 Que el mío como el símbolo del libre ha de sonar.

\*  
 \* \*

Alguien movióse á hablar, cuando el poeta

\* José Mármol. A Rozas, el 25 de Mayo: 1845.

Su invectiva feroz hubo concluído,  
 Más que de ideas, de su aliento, falto;  
 Pero entre el gran bullicio y el ruido  
 Impuso, al fin, su autoridad secreta,  
 Una voz que bajaba desde lo alto  
 Así diciendo:

— Deponed, culpados,  
 Que vais del viento de la edad llevados  
 Á purgar en la noche del olvido  
 La pasión que aun guardasteis de la tierra  
 Y os hizo estar con la Justicia en guerra  
 Los unos de los otros alejados! . . .

Y esa voz que escucharon los jurados  
 Como oyen, los que viven, el tañido  
 Que les llegó de pronto hasta el oído,  
 ¡Oh, milagro insondable! descendía  
 Del cáliz de la flor, que portentosa,  
 Alumbraba la escena misteriosa  
 Con la luz de piedad que desprendía...

\*  
 \* \*

Entonces, cual calmada, de repente,  
 El ánima angustiada de la gente,  
 Toda se serenó...

Reinó la calma  
 Por la celeste voz restablecida;  
 Y Maza dijo ansioso:

— Compañeros,  
 Que conmigo arrastráis la ardua cadena  
 Que nos unce al horror del alma en pena,  
 Por faltas y delitos no expiados  
 Al despedirnos de la amarga vida,  
 Ahogad la justa indignación un punto  
 En vuestro ardiente corazón difunto,  
 Y dejad que cohoneste, ó que disculpe,  
 El Dictador sus actos... Los rencores  
 Allá lejos quedaron, con la venda  
 Que nos quitó el morir... Á quien olvida  
 De la existencia el mal, del bien en prenda,  
 Le asisten de la altura los favores...  
 Cuando estamos aquí, Dios lo desea  
 De nuestra vida eterna en beneficio;  
 Por Él hagamos que este ingrato juicio  
 Digno de alzarse hasta sus plantas sea!

Prosigue Juan Manuel, ya tu descargo  
 Nadie interrumpirá!

\*  
 \* \*

— Muy justamente  
 (Murmuró el infeliz, la arada frente  
 Oprimida con fuerza entre las manos)  
 Estallan de estas sombras los rigores.  
 ¡Todo me acusa aquí! Por eso vengo  
 La atroz condenación que me persigue  
 Anhelando cumplir...

· Llego á la cita  
 Con más remordimientos que temores...  
 ¡Ojalá, mucho más, penar pudiera  
 Y de tanta visión, tantos difuntos  
 Que tiene el odio á mi memoria hoy juntos  
 Cuando en virtual separación vivían  
 Ha medio siglo, en un rencor tan solo  
 Y en su condigna pena se fundiera  
 La patria indignación; y que en mi alma  
 La voluntad del cielo se cumpliera  
 Con tal que, al cabo, iluminarse viera  
 El arco iris de mi ansiada calma!

¿Pero á cuándo esperáis... Bondad Divina?  
 Minuto tras minuto, hora en pos de hora,  
 Como lluvia de lágrimas ardiente,  
 Que en mi conciencia cava, roedora,  
 Los recuerdos tremendos de la tierra

Sobreviviendo en mi alma penitente,  
 Aumentan ¡ay! de su penar la guerra...  
 Tu cruel castigo... ¡ah mi Señor! me agita;  
 En mar de penas al azar navego;  
 Y cuando en alas de su inmensa cuita  
 Roza el recuerdo mi ánima maldita,  
 Á tu implacable tribunal me entrego  
 Potestad de los tiempos infinita,  
 Sin que consiga en mi dolor profundo  
 Hacer templar la maldición del mundo!

Esto, al decir, el pecador anciano,  
 La agria mirada que endulzó la pena,  
 De una tristeza extraterrestre llena,  
 Giró en contorno...

La temblante mano  
 Arrancó de la frente... En la rodilla  
 Dejándola caer, quedó un instante  
 Mudo y sin movimiento.

\*  
 \* \*

El auditorio  
 Comenzó á murmurar... como en su orilla  
 Murmura el ancho mar, en mar montante...

Con la voz de un Quirite, en el Pretorio,  
 Cuitiño alzó la voz, la voz aullante  
 Que atragantaba el miedo del reproche  
 Que estaba en las honduras de la noche  
 Como antigua amenaza palpitante  
 En la futura maldición...

Cien otros  
 Hicieron como él; y fieramente  
 Salomón le imitó; Badía y Parra  
 Y Troncoso, invectivas le lanzaron;  
 Y henchida de odio la crispada garra  
 Casi hasta el rostro del Mandón la alzaron  
 Y arrancarle la lengua amenazaron  
 Porque no hablara más...

\*  
 \* \*

¡Vano afigurarse!  
 — Mis víctimas y cómplices escucho  
 (El anciano siguió sin abatirse),  
 Acriminarme en torno. Mas ¿qué mucho  
 Que aquellos que maté, contra mí griten,  
 Si hasta algunos que fueron mis tiranos  
 Volviéndome más cruel, hoy, inhumanos,  
 Hacen que, en torno, contra mí se agiten

## Víctimas y verdugos?

Si... Me acosan  
 Con el fácil reproche ó los recuerdos;  
 Y en enconar mi padecer se gozan! \*  
 Ni mi castigo eterno les ablanda,  
 Ni al contemplar mi sufrimiento cedен...  
 ¿Ellos, jueces? ¡Jamás!... Los vengativos,  
 Los que nunca lloraron compasivos,  
 Ni del bien, ni del mal, ser jueces pueden!

\*  
 \* \*

Y como oyera que en contorno algunos  
 Proclamaban con frases rencorosas;  
 « Es acción santa exterminar á Rozas » \*\*  
 Y que: « ¡Muera el tirano!... » voceaban;  
 ¡Vuelva al trance fatal, una y mil veces!  
 Y viera que las hoscas calaveras,  
 Hacia él, con muecas y actitudes fieras,

\* « Las circunstancias durante los años de mi administración fueron siempre extraordinarias: y no es justo que, durante ellas, se me juzgue cómo en tiempos tranquilos y serenos. » Juan Manuel Rozas. Carta desde Southampton.

\*\* Premisa de Rivera Indarte; acogida, como bandera de combate, por muchos otros emigrados, de Chile, de la República Oriental del Uruguay y hasta de los que paseaban por Europa.



En revueltas falanges avanzaban ;  
 Sintiendo los arranques de otro tiempo  
 Y de Dios olvidando la presencia  
 Al oír el hervor de la batalla,  
 Encendido de pronto :

— ¡Atrás, canalla!

Irguiéndose exclamó... ¿Por qué en la vida  
 No os alzasteis así? Pluguiera al cielo  
 Que resueltos, entonces, me matarais ;  
 Y hasta el 3 de febrero, nunca impune,  
 Prohijar tanto crimen me dejarais!  
 ¡Pluguiera al sumo Dios, que darme muerte,  
 Cual yo os hice matar, ora pudierais :  
 Que así endulzarais la tremenda suerte  
 De que voy ha diez lustros lamentándome ;  
 Y mi perpetua angustia redujerais  
 De victimario, en víctima, cambiándome! \*

¡Cual cuscos de arrabal, desde muy lejos  
 Ladrasteis al mastín, gente villana!

\* « Si todo el que queria no podia hablar con él, verlo de cerca era sencillo. No habia más que apostarse cerca de su casa, ó que ir á pasear á Palermo donde el acceso no ofrecia dificultad, estando convertido en paseo público. »

... « Nadie atentó contra la vida del tirano... que era accesible á todos. »  
 L. V. Mansilla. Rozas: cap. XI.

Y hoy, que escuchais mis ayes doloridos,  
Atacais al inerme, cual gozquejos  
En chacales y hienas convertidos!

\*  
\* \*

— ¡Calle el traidor!...

— ¡Que calle el cruel tirano!

— ¡Impídasele hablar!

— ¡Á degollarle!

Un jurado exclamó con voz de trueno.

Mas Rozas, con arranque soberano,  
Al ver que no querían escucharle,  
Afónico siguió, de furia lleno:

— Aunque infamantes, más, las maldiciones  
Mi nombre envuelvan en ludibrio eterno,  
Si Dios no enfrena ya vuestras pasiones,  
Furias, más que las furias del Averno,  
Hasta en las mismas puertas del Infierno  
El alma os cruzaré con mis razones!

¿Convictos ó inocentes, uno solo  
Pudiera, acaso, disculpar conmigo  
La vil blandicie y el villano dolo

Con que fué un tiempo de mi obrar testigo?

Vos no sois quién para juzgar... Mil veces  
Os lo habré de decir... Y Dios, que escucha,  
Tan imposible juicio lo discierna;  
¿Cuál es más criminal: aquél que en lucha  
Entre el desquicio y la maldad, gobierna  
Con la turba brutal de alma asesina;  
El que de lejos grita impunemente;  
Ó el repleto burgués, de alma indigente,  
Que á vil coyunda la cerviz inclina?\*

¡Odiadme si queréis! ¡Pagad con creces  
La atroz crueldad de mi gobierno obscuro;  
Pero, hasta el día del triunfal futuro  
Mis cómplices seréis, mas no mis jueces!\*\*

Fuí yo arrastrado en la sangrienta onda  
Como tabla en el mar... Sin un amigo;  
Sin una voz que me mostrara el rumbo  
De la incierta verdad... Sin consejero

\* « En cualquiera de ambos casos en que nos coloquemos no resultan circunstancias atenuantes, sino para los instrumentos, que no deliberan, que podían ser en su hogar hombres con entrañas. » Ibidem, Mansilla.

\*\* « Porque no pueden constituirse en jueces los enemigos ni los amigos... las mismas víctimas que se dicen, ni los que pueden ser tachados de los delitos. » Protesta » de D. J. M. Rozas.

Sino el odio y el mal... cuando en contorno  
 Se hundía la República en bochorno  
 De anarquía feroz! Todos mandaban...  
 Y de cada provincia que obtuvieran  
 Nuestros solemnes Padres, con su sangre,  
 Un cacicazgo hiciérase bien presto,  
 Si á disputar la Patria á su destino,  
 Hasta el mismo dictado de asesino  
 Yo no me hallase á soportar dispuesto! \*

Si á Dorrego matando, el gran Lavalle,  
 Toca en la heroicidad, y ello os conmueve,  
 El llanto haciendo que os inunde el rostro,  
 ¿Quién á increparme de ruindad se atreve  
 Cuando hasta el crimen cuya angustia arrostro  
 La integridad de mi nación me lleve?  
 Si aun no maté, matando, la anarquía;  
 Y la unión nacional hacer no pude,  
 ¿Habrà un patriota que sincero, dude  
 De lo que entonces, sin matar, se haría?  
 Nadie lo dudará, cinco repúblicas

\* « Durante presidi el Gobierno de Buenos-Aires, encargado de las Relaciones exteriores de la Confederación Argentina, con la suma del poder por la Ley, goberné según mi conciencia. Soy, pues, el único responsable de todos mis actos, de mis hechos buenos como de los malos, de mis errores y de mis aciertos. » J. M. Rozas. Carta de Southampton, 6 Mayo 1870.

La integridad de la nación rompieran,  
 Y en fraticida horror nos envolvieran...  
 Y pretendéis que atribulado calle  
 Cuando flotando en el supremo abismo  
 Bajo el ojo de Dios... ¡que mi ansia acalle!  
 Aun siento horror de mi valor yo mismo?

Muchos males forjé... mas muchos otros  
 La turba cometió desenfrenada  
 Bajo la Egidá ardiente de mi nombre:  
 Hoy prenda de baldón para vosotros,  
 Ayer hasta mi efigie paseada  
 Fué entre el respeto y la ovación del hombre!

\*  
 \* \*

— « Así dijo el tirano (interrumpióle  
 Juan Cruz Varela, cual lo hiciera en vida,  
 En la Oda de afectos encendida,  
 Que la gloriosa Ituzaingó inspiróle)  
 Así dijo el tirano, pero escrito  
 Estaba ya en el alto firmamento  
 Con caracteres ígneos su delito,  
 Con caracteres ígneos su escarmiento. » \*

\* Juan Cruz Varela: « Campaña del Ejército Republicano al Brasil y triunfo de Ituzaingó ». Canto Lírico : 1827.

« Feroz y medroso, desde el hondo encierro  
 Do temblando mora, la mano de hierro  
 Tiende sobre el pueblo mostrando el puñal.  
 Vergüenza, despecho y envidia le oprimen;  
 Los hombres de Mayo son hombres de crimen  
 Para este Ministro del genio del mal.

Y tú, Buenos-Aires, antes vencedora,  
 Humillada sufres que sirvan ahora  
 Todos tus trofeos de alfombra á su pié?  
 Será que ese mónstruo robártelos pueda  
 Y de ti se diga que solo te queda  
 El mísero orgullo de un tiempo que fué? » \*

\*  
 \* \*

— ¡Mentís, cobarde! ¡Y mentirás cien veces  
 (Rozas le contestó) ¡Y eres infame  
 Con ese pueblo que ensalzar pareces!  
 Si él me viera ladrón; si él asesino  
 Y cruel tirano, en contra de él, me viera; \*\*

\* Juan Cruz Varela: « El 25 de Mayo de 1838, en Buenos-Aires ».

\*\* « En veinte años que la prensa del mundo sirvió á mis enemigos de instrumento para inventarme cargos, á nadie ocurrió imputarme el de robador del tesoro público... » Representación al Gobierno, de la Provincia, 1853. « Mas cuando la orden de V. E. me quita mis propiedades y se apoya en hechos los más vergonzosos; juro ante Dios y el universo, no haberlos cometido. » J. M. Rozas. Protesta.

Él, que puso en mi mano su destino;  
 Atravesado pronto en mi camino,  
 Su mano invicta sobre mí pusiera:  
 Que donde nace San Martín y Pringles  
 Guillermo Tell ó Régulo naciera!

\*  
 \* \*

Entonces un niño de enjuto semblante,  
 De profundos ojos de inquietud mortal,  
 — ¡Eres tú el que mientes! Le gritó arrogante  
 Y Balcarce, á Rozas se osó adelantar.

Yo, niño, la escuela dejaba aquel día  
 Que tanto humillabas á mi pueblo tú;  
 Y ansioso, á mi pueblo, mi verso decía  
 Del gran sol de Mayo llorando á la luz:  
 « Mirando á la Patria, su oprobio me humilla  
 Sus hijos dormidos su afrenta no ven  
 Reluce en sus cuellos sangrienta cuchilla  
 Y horrendas cadenas arrastran sus pies.  
 De inicuos tiranos el ceño que espanta,  
 La turba de impíos que erguidos están,  
 Son grano de polvo que el viento levanta:  
 Cesando los vientos, al suelo caerán.\*

\* Florencio Balcarce « La Partida », 1837.

Y hoy lloras caído... Fué el niño profeta  
 Aunque no blanqueaban las canas su sien:  
 Que siempre es de anciano la voz del poeta  
 Y es ya profecía su verso al nacer...

\*  
 \* \*

— ¡Calla, imberbe garzón! — Clamó el tirano;  
 Eco inconsciente de maldad sin nombre:  
 Toma alto ejemplo en mi miseria de hombre  
 De lo que dura el poderío humano.  
 ¡Escuchadme y temblad; feroz jauría!  
 ¡Yo, delinquí! Del crimen compañero  
 Viví, dormí con él: purgarlo quiero...  
 ¿Qué más contra mí ansiáis? ¿Cuál de vosotros  
 Supo acusarse así? \* ¡Si solo un día  
 De falta, un siglo es de dolor! ¿Podría  
 Cumplir mejor el veredicto tardo  
 De quien castiga el mal?... Conciencia mía,  
 Cuánto tu muerte en esta muerte aguardo!  
 ¿Que delinquí?; Lo sé!... ¿Quién no se engaña?  
 La iracundia del bárbaro enemigo,  
 Falso y desleal, y por demás artero,  
 Con sus violencias me volvió más fiero

\* « Ninguna persona me aconsejó la ejecución del Cura Gutiérrez y de Camila O'Gorman... » J. M. Rozas. Carta escrita desde Southampton.



Y me inyectó crueldad...

¿Dónde, la queja?

¿Dónde la veis, los que labráis la Historia;  
 La queja heroica, que al varón refleja;  
 La queja digna de volverse gloria?  
 ¿En dónde el hombre libre, dónde Scévola,  
 Ya de intento ó de acción? ¿Dónde el muchacho  
 Que, dado al sacrificio con vehemencia,  
 Héroe bendito de la noble saña,  
 Me arrancase el poder con la existencia  
 Un puñal revolviéndome en la entraña?

¡Sí! ¡Delinquí! ¡De Dios Sumo en presencia  
 La verdad pura y sin temor confieso!  
 ¡Perdón quisiera del que, injusto, en vida,  
 Cegado, hice matar, ... mas del cobarde  
 Solapado adulón, que con mentida  
 Rigidez, se presenta ora el primero,  
 De ese, en mi eterna y nocturnal caída,  
 Ya ni perdón ni condolencias quiero! \*

\* « E l que no está conmigo es mi enemigo. » Proclama de Rozas.

## VI

### REMORDIMIENTO

Cual se levanta la onda de los mares  
Si el viento la contrasta, el auditorio  
De fantasmas terribles, en terrible  
Tumulto se movió. Y eran aquellos  
Del crimen, en la tierra, familiares  
Los que más hacia el réprobo avanzaban;  
Y armados con sus dagas de asesinos  
Ya sobre el asesino se lanzaban,  
Cuando la masa transparente y pura  
De las honradas víctimas caídas  
De Rozas en la odiosa dictadura,  
Cerrando el paso á las furiosas gentes,  
Pusieron en sus ánimas en pena  
La conmiseración y la blandura  
De que está el alma del arcángel llena.

Frías, el bueno, enérgico aunque blando,

Con su huesosa mano de difunto  
 Al alto cielo obscuro señalando,  
 Dijo: — ¡Dejadle! Que termine al punto  
 Su defensa ante Dios, que es el que juzga.  
 Como el que más le execra le aborrezco;  
 Mas una parte de la gloria mía,  
 Con el perdón que su conciencia ansía,  
 Por rescatarle del Infierno ofrezco.  
 Escuchadle con ánima serena...  
 De vuestra furia cruel, tened el vuelo;  
 Aquí, en la azul serenidad del cielo,  
 El alma implora, sólo Dios, condena! \*

\*  
\* \*

Hosca á sus puestos se volvió la gente;  
 Y el triste á sus recuerdos condenado,  
 Diciendo así siguió dolidamente :

— Si yo maté, si yo apagué la vida  
 Cual se apaga una luz que nos estorba;  
 Si los ojos cegué; si ahogué las voces,

\* « Rozas está condenado por la conciencia pública y por su propia conciencia. Y el modo más decoroso de protestar contra la tiranía, es user lignamente de la libertad... á los hombres de principios no les es permitido todo contra los tiranos: no les es permitido imitarlos. » Sesión dal 7 Dbre. 18;7 C. D. discurso del Dr D. Félix Frias.

Y el corazón privé de movimiento  
 De los seres que odié, nunca pensara  
 Que, al cuajar en los labios el acento,  
 Perenne el alma en su maldad dejara...  
 Yo pensaba extinguir: matar del todo;  
 Pero no de su jaula dar salida  
 Al ave envenenada de la vida  
 Que iba, en el Cielo, á salpicar su lodo!  
 Si tuviera cabal conocimiento  
 De la muerte, mis víctimas vivieran,  
 Y á enconar mi eternal remordimiento  
 De la tumba, como hoy, no se movieran!

Inocente no soy; mas fuí culpable  
 Á la manera que el jaguar cebado  
 Que sacia en el campero desarmado  
 Su apetito de bestia irresponsable.

En la panza caliente de las yeguas,  
 De las vacas en la hoya palpitante,  
 Mi puñal ensayé... Todas morían  
 Cuando el chorro vital desalojaba  
 La caja del calor; y no volvían  
 Ni á gozar, ni á sufrir... \*

\* • Los argentinos... desde la infancia, están habituados á matar las reses, i este acto de crueldad necesaria, los familiariza con el derramamiento de

## Tal al humano

Yo pensé exterminar.

¿Por qué callaba  
 Tu voz en mí, Señor? Tú, joven bello,  
 Cuyos ojos mirábanme tranquilos  
 Cuando el hierro alevoso, con sus filos,  
 Del sol, por siempre, te robó el destello,  
 ¿Por qué al çær, no me dijiste, entonces,  
 Que iba á volverte á ver?

Mas hoy lo advierto,  
 Vivo á penar, y á redimirme, muerto!  
 ¿Esto es justo, Señor? ¿Poder augusto  
 Que me entregaste al mal, es esto justo?

Inapelable Dios, yo no pretendo  
 La justicia inmanente de tus fallos  
 Rebelde transgredir. ¡Mío fué el crimen,  
 Y su castigo atroz estoy sufriendo!  
 Mas los hijos lactantes, de mis hijos  
 Puros cual la bondad, ¿qué culpa tienen  
 De cuánto hiciera yo? ¿Por qué tan tarde  
 Á recobrar el suelo de la patria  
 Con el estigma del delito vienen?

Puro como ellos penetré en la tierra  
 Un día yo también... Como los pájaros  
 Que se echan á volar...

Grandes, abiertos

Los inocentes ojos, de la Estancia  
 Bebiendo el cielo azul; la acre fragancia  
 Del trebolar de olor de los desiertos  
 Aspirando al crecer... y ya la pena  
 Infiltróse en mi sangre... y sus latidos  
 Conservaron por siempre los resabios  
 Del beso del Dolor, dado en mis labios  
 Aun de leche materna humedecidos! \*

Joven me ví después... ¡ Oh, Dios! ¡ Tú sabes  
 Con cuánto afán me abalancé á la vida  
 Inmaculado y bello sobre el llano!  
 Despertaba á la Pampa adormecida  
 Aun antes que la luz y que las aves  
 El galopar de mi alazán pampeano  
 La rienda audaz sobre la cruz caída...  
 Franco el pecho á la lumbre y al ambiente,  
 Yo lanzaba mi potro como un rayo  
 Por la terrestre inmensidad. \*\*

\* Imberbe aún, según Mansilla, tuvo que huir de casa de sus padres; donde, niño todavía, se le dedicó al más bajo de los oficios: para ablandarle el carácter...

\*\* « Es un prodigio de actividad. sufre accesos nerviosos en que la vida

En ella,

De luchar y vencer cumplí el ensayo,  
 Que á dominar la adversidad provoca.  
 Allí aprendí la indiferencia loca  
 Del bien como del mal. ¡Oh Fuerza, Fuerza!  
 Tú, que á mi infanda culpa me arrastraste,  
 Maldita seas por el alma humana  
 Así en la buena como en la hora adversa!  
 ¡Oh violencia bestial! Tú me enseñaste  
 El estoicismo bárbaro del llano  
 Endureciendo mi alma á toda pena  
 Como á todo placer: en la Natura  
 Á todo igual, de todo enamorada,  
 De la fuerza rendida á la ventura  
 Y á sus inicuos fallos resignada.  
 Tras el rayo que incendia el sembradío  
 Y mata al labrador, y á cuanto toca  
 Á pesar de venir del justo cielo,  
 Distánciase la nube que llevada  
 Como una gasa por el viento alisio,  
 En el límpido espacio se desfloca...

predomina tanto que necesita saltar sobre un caballo, echarse á correr por la pampa, lanzar gritos descompasados, rodar, hasta que al fin estenuado el caballo, sudando él a mares, vuelve a las habitaciones fresco ya i dispuesto para el trabajo. Napoleon i Lord Byron padecieron de estos arrebatos, de estos furores causados por el exceso de vida. • D. F. Sarmiento. « Civilización y Barbarie ». Tercera Parte C. I.

Y rie el sol sobre el brutal desquicio!  
 Y la natura entera, en su bullicio,  
 La diana atroz de su contento toca!  
 Mientras en luto yace la familia  
 Que aun ni soñó en el mal.

¿Es, por ventura,  
 Es éste, ¡oh magno Dios! tu magno juicio?

Ó la humana razón sólo es locura,  
 Ó, como el sol que tras la nube llega  
 Y enceguece á la humana criatura,  
 Tu designio, Señor, cuando fulgura,  
 El raciocinio de los hombres ciega!

— ¡Calla... infeliz!...

(Gritóle Félix Frías)

Te condenas aun más, pues que blasfemas!  
 Pero el tirano contestó:

— ¡No temas!

Hoy Dios su gracia y su bondad supremas  
 Quiere medir con las angustias mías...  
 Él me dejó pensar que el torpe duelo  
 Que sembraba mi paso por el suelo,  
 Haciéndome del mundo aborrecido,  
 Cual la tormenta que rompió en verano,



Tras la renuencia del reproche humano,  
 Se disolviese pronto en el olvido...  
 Mas... ¿quién en tal abismo me ha sumido?  
 ¿Quién me perdiera...? ¿El alma ó la materia?  
 ¡Tu voluntad, Señor, de vuelo eterno,  
 Que nos deja cual naves sin gobierno  
 Náufragos en el mar de la miseria  
 De la maldad! ¿Quién dijo á los vivientes  
 Que, tras del crimen y su nube obscura,  
 Aun puede el corazón, como la altura,  
 Tener días de sol resplandecientes?  
 ¡Ese fué un criminal... tal vez más duro  
 Que no lo fuera yo! ¿Pues quién inventa  
 Más terrible maldad? El que resbala  
 Más no se tiene, en vida, ni tras de élla:  
 Si el genio impío sujetóle el ala,  
 Y el mal destino su condena sella,  
 ¿Quién lo habrá de salvar?

— Yo! (dijo muda

La santa flor de luz compadecida)  
 Que soy verdad, camino, amor, y vida...

Y Rozas prosiguió: Largo escarmiento  
 Ya en la vida sufrí... Doquiera, huraño,  
 El mundo hostil y á mi dolor extraño  
 Fué como un eternal remordimiento

Que acrecentóse en vida... y ni un instante  
 Dado me fué de mi inquietud gigante  
 La fiebre descargar; que dondequiera  
 Que mi maldita planta dirigía,  
 El reproche fatal, de faz severa,  
 Aquí en mi anciano corazón mordía  
 Con el furor hambriento de una fiera...

\*  
 \* \*

De la nublada Albión en la ribera  
 Al fin logré expirar. Era una tarde,  
 Y era un amanecer... Fulgores rojos,  
 Preñados de esperanza, me alumbraron  
 Por la primera vez... Cerré los ojos  
 Y á la mar me entregué...

Calma infinita

Reinaba en derredor del navegante...  
 Oh, Dios. Tremendo Dios! ¿por qué un instante  
 No me aliviaste el alma vacilante  
 Dormir haciendo, allí, mi inmensa cuita?

Aun veo al nauta torpe y descuidado  
 En barca sin timón, y ¡ay! cuán le envidio  
 La fe brutal que su honradez le ha dado!  
 Á mí la misma limpidez del aire,

El mismo mar que mansamente undula,  
 La misma calma que su seno llena,  
 Despiértanme intranquilo en el instante :  
 Mi alma, que un lago sin doblez simula,  
 Como el lago, también, al menor viento,  
 Levanta marejada impresionante  
 Rizada por el aire en un momento...  
 Es el aire este cruel remordimiento  
 Que me criba de espínas el espíritu...  
 Él atisba el instante de bonanza,  
 Y con saña implacable y vengadora,  
 Me turba hasta el destello de esperanza  
 Que medio columbré...

¡Señor! Ya es hora  
 De alcanzar el perdón que tanto ansío!  
 ¡Piedad! ¡Piedad! ¡Piedad! ¡Piedad, Dios mío!  
 ¡Piedad! ¡Piedad! ¡Señor!

\*  
\* \*

Aún la tremenda  
 Turba, al oír del triste la plegaria,  
 Algo empezó á gruñir...

— ¿Tiempo es ahora  
 De lamentarte así? Tú, que el acero

El veneno, la bala, la traidora  
Falacia empleaste con los mismos tuyos,  
Sin ni á uno olvidar?

Gritó implacable  
López desde la sombra de su asiento,  
En un raptó de furia indomeñable.

Pero como un terror en fría ráfaga,  
Los muertos pechos, en aquel momento,  
De todos ocupó; y entre los labios  
Cuajó las amarguras del reproche,  
Del insulto soez y los agravios  
Que la plegaria del juzgado en todas  
Sus víctimas movió...

Pues del profundo  
Y populoso azul, atento de astros,  
Cual descicnden las gotas del rocío  
Convertido en vapor, sin dejar rastros,  
Sobre el extraño cónclave lloraba  
Un coro, que de lo alto destilaba  
    Como un frescor sagrado,  
    Cuyas flébiles notas  
    De milagrosas gotas,  
Tópico blando al corazón traía...

Y en eco acompasado  
 Y en cántico acordado  
 A un cántico litúrgico decía :

\*  
 \* \*  
 ..

¡Ah! Bienaventurado  
 El criminal que llora :  
 El labio con que ora  
 Por la mano de Dios será tocado :

¡Ah, bienaventurado  
 Del criminal que implora!

Largas serán las penas,  
 Las angustias amargas,  
 Del infeliz culpado ;  
 Mas tras las horas largas  
 Romperá del castigo las cadenas...  
 Ah, bienaventurado  
 El que acató las celestiales penas !

Quien dá curso á su cuita  
 Del Señor en el seno recogido,  
 No el perdón de los hombres necesita...  
 Mas, sí, el terrestre olvido!

El criminal, el réprobo, el malvado,  
 Si á purgar su castigo se doblega  
     Es bienaventurado :  
     Que del mortal que ruega  
 Y hasta la mela del perdón se allega,  
     El labio con que ora  
 Y los ojos de lágrimas cargados.  
     En su última hora  
 Por la mano de Dios serán tocados!

\*  
 \* \*

Y músicas extrañas para la tierra impura,  
 Compuestas de armonías de goce celestial,  
 Cantaron el hosanna que cantan en la altura  
 Las almas, cuando á una alma consiguen libertar...

Con luces de alegría los astros parpadearon  
 Vertiendo su delicia en el espacio azul,  
 Y por la obscura tierra, y en ráfagas, cruzaron  
 Alientos de los cielos cargados de virtud...

Del hombre y de las bestias templadas las pasiones,  
 Henchido fué el ambiente de una aura fraternal;  
 Y sístole divina de santos corazones  
 En el espacio inmenso sintióse palpitár...

Y el llanto de las madres de que nació el Querube  
Que con su flor de fuego la escena iluminó,  
Cuajado, de los cielos en pasajera nube,  
Formó sobre el congreso fosfóreo corazón.

Y símbolo, al Jurado, de nacional fortuna,  
Trocóse ante los ojos de sus testigos mil,  
En el plateado disco de una tranquila luna  
Que iluminó á Palermo y el campo hasta el confín.

Y entonces vió el Jurado, de horror sobrecogido,  
Sus almas, cual palomas que cobran libertad,  
Unidas y abrazadas hundirse en el olvido...  
Mientras la sombra espesa volvióse á encapotar.

---

## VII

### VEREDICTO DEL SILENCIO

Cuando el coro en la altura se apagaba,  
Muchos espectros de inquietud transidos  
Iban á hablar... Orar tal vez querían  
Y el Jurado dejar arrepentidos  
Donde en silencio el criminal lloraba...  
El macilento rostro entre las manos;  
Rozas gemía.

\*  
\* \*

Un imponente viejo,  
Más viejo que del mundo los ancianos  
De las edades bíblicas, que nadie  
Viera hasta entonces en aquel consejo,  
Gloriosa claridad en torno suyo  
Alzándose lanzó...



Y eran sus ojos  
 Como el cielo tranquilos; y tenían  
 Del cielo y la bondad la augusta calma...  
 Luengas sus barbas eran, como el río  
 Que corre sin cesar, de las edades;  
 Blancas, cual la virtud...

Su aire sombrío  
 Aunque hondamente resignado. Puro,  
 El fulgor alumbrante de sus ojos;  
 Que, dondequiera que en redor fijaban  
 Su mirada de bien, limpia mostraban  
 La verdad de los hombres y las cosas  
 Tal como fueron... En la una mano,  
 (Que eran ambas inmensas y huesosas,  
 Como para alcanzar á gran distancia  
 El ser y los objetos) sostenía  
 Un extraño aparato, en que el humano  
 Río sin ondas de la edad corría...

De nubes su poblada cabellera  
 Era blanca hacia atrás, y perceptible;  
 Y extraña, indescifrable, incomprensible  
 Hacia adelante, era.

Se veía

La pierna en que apoyó, detrás dejada,  
 Á fin de sostener el cuerpo yerto  
 Hecho de sombra y luz; mas la otra pierna,  
 Hacia el concurso, súbito avanzada,  
 Nadie podía ver... cual si estuviese  
 Como el cuello de un monte envuelta en brumas.  
 Todo á espaldas del viejo alboreaba  
 Como á la luna el mar, lleno de espumas;  
 Todo á su frente, en sombras, se arropaba...

\*  
\* \*

Y así el anciano dijo, en un lenguaje  
 Que el extraño concurso de fantasmás  
 Apenas comprendió:

— Los vivos lloran

Los pasajeros males de la vida,  
 Que, cual las vidas de ellos, se evaporan...  
 La eterna culpa en lo eternal hundida,  
 No puede ni aun llorar!... Orar no puede  
 Como ruega el mortal, con esperanza;  
 Y el fondo á ver de su dolor no alcanza  
 Aunque hasta el fondo del castigo rueda.

Tras vuestra vida, de perpetuo duelo  
 Sin hora de reposo, la existencia  
 De otro vivir... Tras la ampliación del vuelo  
 Para huir de sí mismo, el hondo anhelo  
 De transmigrar sin escapar su esencia!  
 Tras la onda que pasa, la arrogante  
 Onda que viene atrás... tras esa, una otra...  
 Y más atrás, la serie indefinible  
 Rizada por lo Eterno, del purgante  
 Atroz supervivir...

Y sin embargo,  
 Cuán ciego es el mortal é incorregible!

Todo es misterio y sustos para el alma  
 De quien se ve en un barco, abandonado  
 Á la merced del piélago flotante...  
 Desde la misma indiferente calma  
 Con que el mar se despliega, hasta el solemne  
 Callado y colosal recogimiento  
 En que vaga la brisa...

Abovedado  
 El cielo azul, se inclina, cual pensante  
 Sobre la escena; y su mirar atento  
 Da más grandeza al desdoblarse de la onda

Que tiéndese y se escurre, desvelada,  
 Tal vez buscando el arenado asiento  
 De la distante playa acantilada  
 Que, allá en las tardes, refrigera el viento:  
 Y el alma, á la merced de las pasiones  
 Que arrebatan al hombre en su crudeza,  
 Y que el esquite de su carne oprimen,  
 Y lo hacen zozobrar, ¡duerme!... en las plumas  
 Hundida como un ave la cabeza...  
 Tranquila ¡ay Dios! cuando cayó en el crimen.

¡Bien quisierais ser onda, hombres tenaces!  
 Y como la ola de agua, ir á tenderos  
 En el Olvido, sin razón ni meta...  
 Á fundiros en ondas sin gobierno  
 É impunes arribar hasta el eterno  
 Sueño feliz de la extinción completa!  
 Llega la onda del mar á la ancha playa...  
 Y la conciencia á Dios...!

\*  
 \* \*

— ¡Fuera sermones!  
 ¡Consejero senil!

— ¿Quién es el viejo?

¿Diga su nombre ya! Gritóle Parra  
De furor arrugado el entrecejo,  
Lanzándose hacia él.

..  
Pero solemne,  
Más aun que un Profeta, el noble anciano  
Conteniendo á las turbas con la mano,  
Y más que con la mano, con el gesto;  
El pensamiento en las edades puesto  
El dictado escuchando de la altura  
Entre un ambiente de ideal dulzura  
Tranquilamente contestó con esto:

— ¿Me preguntáis quién soy? En vuestra cuita  
Os duele que mi voz ponga en vuestra alma  
Duda de la justicia que pensabais  
Al tirano aplicar?

Miráos dentro...  
Seguro es que en vosotros también grita  
La ágría voz del error... ¿Quién no delinque?  
¿No veis al criminal?

¡Miradle ahora  
Á través de mi barba!

\* \*  
\* \*

Levantóse  
La turba descompuesta y rugidora  
Y hacia Rozas miró.

¡Oh, Dios sagrado!  
¿Era aquello verdad?

Junto al juzgado  
Que en el banquillo fúnebre se hallaba  
De sangre y lodo y de rencor cargado;  
La misma gente que el horror miraba,  
La gente que al tirano condenaba,  
Cual si ella fuera Dios, también caída  
En honda iniquidad, como culpable,  
Se vió de pronto en el banquillo hundida!

Éste, porque hostigó; porque callóse  
Y ocultó la maldad, el que le sigue;  
Aquél, porque á los ímpetus prestóse  
Del tirano cruel; muchos, por débiles;  
Por cómplices los más; por ignorancia  
Alguno que otro, que aplicar, queriendo,  
Teorías imposibles, en la infancia  
Dejaban entregada á su tirano

La joven Patria, por favor pidiendo  
Tan solo un buen tiranicida, en vano!

· · \*  
\* \*

— Salid vos del concurso, noble espíritu,  
(El Justo prosiguió con voz potente)  
Que sin mancha caísteis... Vos, Poeta  
Llena el alma de luz... y vos, buen sabio  
Que volcasteis el ánimo valiente  
En el mar del dolor... Salid vosotros,  
Que de virtud vestisteis la alma quieta  
Y, aunque tímidos, fuisteis hombres buenos...  
¡Salid! ¡Salid! ¡Subid!

En los serenos  
Ambitos del espacio, tachonados  
De curiosas estrellas parpadeantes,  
Como en rayos de luna amortajados,  
Ascendieron cien formas palpitantes...

El resto del concurso, como brama  
Furioso el mar en la borrasca :

— ¡Diga!

¿Diga el viejo quién es?

(Tremendo, clama).

¡Y que muera después! No se interrumpa  
La sesión por tan fútil contratiempo.

Mas el anciano, en tanto aparecía  
El alba, que en el cielo se extendía,  
Exclamó al disolverse:

— Soy el TIEMPO.

Y, en las ruinas desiertas, cayó el día.

FIN

---





# POST-SCRIPTUM



## Á QUIEN HUBIERE LEÍDO

---

El autor de este libro se resiste á creer en la generación espontánea de la crueldad y de la injusticia en el espíritu humano. Apenas si la realidad de las sevicias é iniquidades á que se ve forzada la política del presente, le obliga, muy de tarde en tarde, á convencerse de cuánta perversidad puede hacer germinar el error y la reincidencia en el mismo, dentro del alma del hombre menos avieso. La necesidad es ley cruel; y ¿quién determina y limita la necesidad de quien manda?

Queda dicho, con esto, que han de producirle al autor de este libro más tristeza y conmisericordia, que repugnancia y que odio, los cargos que mantiene la Historia, y que aún subsisten erguidos por la sanción popular, contra Rozas: el famoso desequilibrado, depositario un día de la

suma del poder público en la República Argentina. Quien entrega sus derechos, no es menos criminal que quien los conculca.

La demolición, ordenada por sanción oficial, de la ya vetusta casa de Palermo (en donde habitó el tirano, mansión interesantísima y tan llena de recuerdos, bien que acres y en su mayor parte luctuosos) al ser notificada por los diarios que le llegaban á su retiro en el extranjero, le ha inspirado este Poema á su autor, para quien solo es interesante el gran dolor ó las bondades fecundas, las alegrías sanas, ó la santa vulgaridad: sí, la santa vulgaridad, que solo es despreciable para el común de los vulgares!

Duélele, empero, al poeta, casi tanto como la tiniebla moral de aquel pobre enfermo, insano de una hora, la afasia social de dos ó tres generaciones de muy buenos argentinos que, llevados de su dolencia, hicieron del delito ageno una bandera, y del rencor político propio, encarnizado, la suprema idealidad. De aquel veneno inyectado inconscientemente acaso, por los que nos precedieron en la vida nacional, en nuestra sangre, todos guardamos, hasta hoy, las partículas ponzoñosas. ¡Cuán hermoso sería, sin embargo, que la desaparición del culpado de sobre

la tierra, diera lugar al aplacamiento en el espíritu público de los casi justos odios que contra él se levantaron, y de los rencores personales que avivara con su error! Viviera, entonces, noble, en el alma popular, en vez del aborrecimiento al criminal, la renuencia perpetua hacia sus crímenes! Borrada, así, toda especie de rencor á las personas, la alta moral política anidaría en el corazón argentino: la enfermedad se transformaría en salud, y la mala pasión en serena y firme rectitud de conciencia.

¿Puede ser acaso fuerza eficiente, para los altísimos destinos de los pueblos, lo que no sea hijo de la virtud? El rencor hacia los muertos le es odioso, al autor de espíritu elevado, no digo ya hasta cuando ellos se llamen Rozas; hasta en el caso tristísimo para la estirpe humana, en que aquellos sacerdotes por contraste, horrorizense de llevar nombres y famas tan pesados como el de Calígula. Y es que, del grave error de personalizarlo todo y de encarnar hasta los símbolos, provienen muchas causas de retardo ó de retrogradación en nuestra vida juvenil de pueblo libre. El empeño de diputar á un hombre con toda la suma del elogio, ó de vestirlo con el traje completo de la ignominia ó de la vindicta pú-

blica, lleva á la debilitación misma de la emotividad del reproche, ó del aplauso, en el temperamento más sensible. Quien, perdonando al tirano inspira al pueblo el horror de la tiranía, sirve mejor al país que el rencoroso lapidario de memorias despreciadas y castigadas. Matar muertos, no es difícil: lo que vive por desgracia, largo tiempo, y tiene la vida muy dura, es la iniquidad. Ella es el gran enemigo de nuestra estirpe. De ella, y solo de ella, es de quien se debe inspirar santo horror á los que nos sigan. Y ella es la fuente de inspiración de esta obra; ya que no haya llegado á serlo la simple conmiseración á que nos deben mover los muertos.

De una noche de insomnio reflexivo y de dolor, madurando estos pensamientos, ha nacido, así, febricitante y confuso, este poema; que acaso no lo es tal, puesto que puede que sea tan solo una plegaria. Valga lo que valiere, puede tener la seguridad el lector, de que la maldad no ha sido quien lo ha inspirado. Los hombres, los partidos, el país mismo; las edades; todo, se achica tanto para el poeta que hierve inspirado por elevada pasión, que no se podría reprochar al visionario, haber herido con las puntas de

sus alas ansiosas de aire y de luz á los unos ni á los otros. Si hubiere heridos, que disculpen la torpeza!... El autor no los ha visto. Estaba tan lejos de ellos!

En cuanto á la sanción pública de su obra...

Flotando, por otra parte, en el ambiente sereno de la ideal Justicia, y habiendo bebido el néctar delicioso de sentirse, durante las horas de la fiebre de la inspiración, tendido á sus divinas plantas, le es indiferente, hoy por hoy, al poeta, la rechiffa ó el aplauso : sabe que la una ó el otro suelen ser flores de un día: y el sueño de la supervivencia, en que le sumió la fiebre del parto, es ya más que noble premio de su esfuerzo.

Grande ó pequeña, crée el inspirado, en su misión y en su obra. Más, mucho más que haber creado una muy bella producción estética, le interesaría, al autor de esta, hacer con ella una obra de bondad pura. Esto, en caso de que toda belleza no fuera la bondad misma. Fanático, ó vidente, alucinado ó iluminado (como el artifice ideal), se engrandece con el ejercicio de su obra; y las nimias consideraciones de amarguras que duran un momento, no han de apagar las resonancias de un grito, que, ha sonado de si propio: como aquellos escudos mila-



grosos de los guerreros de la Walpurgis, en las horas de las grandes iniquidades ó de las altas justicias ó de las sevicias cruentas.

Por eso, este libro, como todos los de su autor, hijo de la sinceridad de su estro, brotó de una intensa vibración de su temperamento artístico herido por la conmiseración y la duda. No ha sido hecho, nació; no vindica ni acrimina, expresa; no es ni falso ni verdadero, es el estado de una alma.

Hay un punto muy interesante en la psicognosia argentina, que bien dilucidado por alguien mejor preparado para el efecto, que lo está quien esto escribe, podría, ya hoy, dar mucha luz, afianzando una base de la filosofía de nuestra historia, en un período harto obscuro y complicado. Me refiero á la imputación de « representante de la barbarie » hecha á Rozas. Yo me atrevo á decir, que no me parece exacto que, el llamado tirano porteño, hijo mimado de la mejor sociedad y de tan encumbrada estirpe, tal como le pintan sus hechos propios ó los que le son imputados, fuera la encarnación genuina del espíritu gaucho en el gobierno de nuestra convulsionada República. No puedo persuadirme de ello, á pesar de lo que han dicho y

escrito autoridades tan incontrovertibles como lo son las de Sarmiento, López, Mitre, Saldías, Pelliza y, hasta muy últimamente, Mansilla. Las condiciones que caracterizan la obra de Rozas, no tienen, á mi ver, los caracteres de desorden é improvisación que distinguen los procederés del hombre de nuestros campos.

Muchas veces me he preguntado, durante el transcurso de la lectura de las páginas de los autores citados, ¿ cómo era que, casi de acuerdo con ellos, sentía empero, yo en mí, que tal aseveración podía ser revocada á duda. Hoy, ya, aquella premisa ha vestido en mi reflexión los colores que cohonestan la simple inexactitud; y aprovecho esta ocasión para decirlo.

Porque el gaucho es, afirmese lo que se quiera para probar lo contrario, esencialmente repentista: hombre de pasión. Rozas, por lo contrario, fundamentalmente reflexivo, poco dado á los arranques, ni aun á las violencias físicas (á pesar de lo que nos ha enseñado épica-mente Sarmiento), descubría hasta en sus aparentes arrebatos, el sedimento de un juicio. Sus actos fueron siempre menos físicos que psíquicos: erróneo ó acertado, el juicio previo existía; la cabeza estaba en ejercicio; el cora-

zón, fuente de las acciones del gaucho, dormía, muy á menudo, en el seno del pecho contrastado del « Restaurador de las leyes ». Así como él, era, en el fondo, unitaria su política; á pesar de proclamarse federal y querer inculcar tal idea en su pueblo á fuerza de sangre y fuego (hecho que han visto muy bien los historiadores citados). Corrió riesgo de maldecir de sus principios, vistiendo con ellos á los unitarios; de quienes renegaba y á los que estigmatizó con violencia (por que acaso viera en ellos más bien émulos que enemigos fundamentales) Y así, no obstante aparentar descuido y tendencias gauchescas en el traje, y en los modales á veces, era Rozas á mi ver, tal vez el más empinado de los « lomonegros ». ¿Como había de representar al gaucho en el Gobierno, quien tenía el alma mas genuína de un autócrata? Al contrario. Él fué el pueblo argentino de entonces, en el Gobierno, « horresco referens »: el hombre para su pueblo y para su época. Pruébalo más que nada su obra de civilización en medio de la barbarie, llevando la administración europea hasta el toldo del salvaje: su amor á la autoridad; sus fueros mismos.

Aquel hombre de ciudad, tal vez el más conspícuo político de su país en su época (no obstante que aparentaba ser, y acaso lo fuera igualmente, el mejor hombre de campo), es una de las más brillantes antinomias de que es tan rica la historia de la agitada Confederación Argentina; de esa Historia grande y raquíta, donde han resplandecido hombres que merecían: la cárcel, para purgar sus crímenes, al mismo tiempo que eran acreedores al trono, para gozar de sus apoteosis merecidas. Y es que, como la de aquéllos, la personalidad de Rozas, desbordaba del común molde mediano; y que su temperamento épico, tocaba, sin que su dueño lo advirtiera, en todas las extremidades de la apasionada naturaleza argentina.

En otro medio, habría sido Rozas, fiero conquistador; gran artista; perverso criminal: en aquel caos de anarquía brutal y entre la miseria ambiente en que respiraba su infancia el enfermizo país, solo debe verse en él un violento y desesperado hombre público, muy desacertado, que rodó hasta el crimen mismo rebotando de equivocación en error y de angustia en agonía.

La violencia de los odios políticos, ó el em-

peño de la defensa á toda costa, agitando sus temperamentos líricos (como de buenos latinos, vehementes hasta el arrebato, olvidadizos hasta la complicidad), ha extraviado la mayor parte de los historiadores argentinos, en sus juicios, con respecto á la figuración y al carácter de la obra de Don Juan Manuel Rozas. Y es curioso que, tal vez el más hondo y más altamente inspirado de los poetas pensadores argentinos, el eminente Don Esteban Echeverría, se haya mostrado, con relación al tirano, menos *poeta* (empleando aquí la palabra en el sentido despectivo en que hace de ella uso el vulgo), que la mayor parte de los coronistas nuestros. El menos *poeta* de todos, era el que únicamente era mirado como tal: y hoy hallamos más doctrina y más ideas prácticas, en una página del poeta, que en toda la obra de los prohombres y los estadistas que combatían al tirano.

Ayer, no más, uno de los más modernos historiadores de aquella época, resumiendo sus observaciones, decía:

« La inmensa mayoría del país estaba con Rozas » (Téngase en cuenta que esto pasaba en época en que no sólo no eran en el país, to-

dos, gauchos, sino que hasta los que se diputaban de tales, eran, para su época, ó letrados ó de encumbrada alcurnia. Contados son en ese ciclo de la historia nuestra, los hombres que, por *gauchos*, llegaron á ocupar puesto encumbrado). « Y las consecuencias, agrega el historiador, no podían ser sino las que fueron: la guerra, las confiscaciones y las proscripciones, en todas las provincias argentinas. Tucumán, Mendoza, Catamarca, principalmente, imitando al « Defensor de la santa causa americana », dictan decretos poniendo fuera de la Ley á los unitarios, declarándolos en alguna, « locos », y las matanzas siguen. »

Puesto, yo, en el punto de vista de la serena Poesía, creo que, ya que los historiadores argentinos, visten sus juicios con el velo de oro, á las veces sangriento, de las sensiblerías *poéticas*, los verdaderos poetas del Plata, debieran ya para gloria suya, calzar el olvidado coturno de Temis; podrían ir así, con los pies inmunes, en las incursiones que hicieran por los campos de las pasadas edades de nuestra patria; y sus cantos tendrían el atractivo de la belleza y el de la verdad. Tal vez ello ocurra cuando logremos poseer poesía nacional; y cuando nos despierte

menos ardiente apetito la recalentada mixtión de la cocina extranjera. Ya entonces, todos, en vez de llorar con los Jeremías y Jenofontes que nos nazcan, sabremos regocijarnos sin sensiblerías, de hipocritas ó superficiales, de que nuestro « *Quatre-vingt-neuf* » haya bañado en sangre fecundizante la cuna, que entre revoluciones mecimos, de nuestra propia nacionalidad, y de que no hayamos tenido que mecer como el pueblo de otros países, el lecho nupcial que, nuestra nación ya formada, comparte hoy con el genio del Progreso. ¡Felices los niños á quienes castiga, educándolos, el vigorizante Destino!

Benditos, una y mil veces, sean aquellos asesinatos bárbaros, todos, que dieron por doloroso resultado esta grandeza reflexiva, notable ya en nuestra edad; esta repelencia de las discordias civiles; y esta prudente previsión de abuelos, de que estamos dando pruebas en la contienda pacífica á que nos arrastran las ambiciones de Chile. Toda esta gloria presente (¡que lo es!) y que, á pesar de sus magnitudes, toma apenas el carácter de un simple anuncio (tal apunta la frondosidad del resultado ya entrevisto), no es otra cosa que la semilla de sacrificio y dolor, sembrada por aquellos brutales se-

gadores de hombres de que neciamente solemos avergonzarnos; por aquellos fuertes, que, lo mismo la quitaban, que entregaban su vida por sostener una idea! Buena ó mala, alguna idea tenían los caciques del Interior; como la tenía el mismo Rozas. Y cuando depurados por el tiempo, se aquilaten las acciones de aquellos hombres, que todos nos hemos habituado á mirar como los representantes de la barbarie y el crimen (¿que país contó entre sus fundadores menos bárbaros y criminales que el nuestro?) la hora será llegada de las grandes reivindicaciones; y contemplaremos, á la luz de la verdad, á aquellos hombres! Y seran suaves y grandes sus figuras, en relación á las de otros tan violentos y sangrientos edificadores de pueblos. Entonces será la hora de la Epopeya y de la Historia nuestras!

Todo es eficiente y todo es bueno en la artesa moral en que se acrisola y se panifica lo pasado: todo hecho, áspero ó pulido, es una piedra necesaria en el colosal edificio. La maldad es lección, como lo son las virtudes. Y la maldad no es maldad para la Historia, sino cuando ella es suma: cuando forma los sumandos se la cuenta como error.



¿Quién nos asegura que, sin aquel chubasco de sangre, habríamos llegado á la repugnancia que sentimos, todos, hoy por las contiendas civiles; y á estimar y respetar la vida del ciudadano como se la estima y respeta en los pueblos europeos?

¿Á qué buscar determinismos y moralidades fáciles y al menudeo, cuando la moral grande y brutalmente genuina está en el conjunto y en el resultado de la obra? ¿Agacharíamos hoy el cuello á la coyunda que nos unciera un mandón? ¿Y son menos asesinatos y menos barbarie, lo que se comete, hoy mismo, con millones de proletarios, ahogados por la rapacidad de los impávidos capitalistas, en países que nos sirven de modelos? ¿Y el salteamiento de pueblo á pueblo, en el Transvaal; y la gran vergüenza universal de los saqueos de China? Día llegará en que nuestros pobres y patriarcales caciques, pudieran ser citados como ejemplos, á los criminales aplaudidos y honrados, hoy, por el mundo entero!

Pero hasta estos mismos inmensos pastores del crimen tienen atenuación para su error. Un hombre, por más poderoso que sea, no puede desencarrilar á un pueblo: llámese Ro-

zas; llámese Calígula; sea un San Martín; sea un Aníbal; es el conducto solamente por donde pasa el metal ardiente que, fundido, levantará la inmensa fábrica: es el pastor, es el conductor del pueblo; él lo encauza y llega hasta detenerlo; pero no lo transforma; no cambia lo bueno en malo: no es Dios; es hombre. No es, el pueblo, frágil máquina, que se desmonte con meterle una barra de acero entre las engranadas ruedas: el hombre es de hoy; el pueblo es de siempre. Su psicogonia no elimina ni lo bueno ni lo malo: como esos venenos que muy batidos pierden parte de sus propiedades tóxicas, las agrupaciones humanas desgastan y dulcifican sus asperezas con las revoluciones; y entonces, lo que se llamó barbarie, se resuelve en dignidad. Italia se enorgullece de la barbarie romana: la tremenda Galia es el blasón francés; y las naciones modernas aguzan con la vida, la pupila, para poder discernir entre la sangre, los aciertos, y los crímenes, cuáles son los menos manchados de sus prohombres para erigirles estatuas!

El poeta no *puede* ver solo la maldad, en los actos de los malos, si los hay; ni la sola bondad en los de los buenos, si es que existen: de que

sienta como los mejores, y de que se impresione como tal, bajo la fiebre creadora, no se infiere que, abstraído de la realidad, vuelque en los troqueles del Arte, materia para fenómenos. Nadie ha sido, ni es, bueno ni malo, del todo!

Para el autor de este libro, el Doctor Maza, muriendo asesinado, cumple como bueno; su victimario, fuere quien fuere, si creyó hacer bien, asesinándole, cumplió también como bueno (allá se las arreglará con Dios); el que mata, no es más victimario que el que muere, si éste, por una ó por otra causa, lo precipitó al homicidio. Yo no sé darme cuenta exacta de lo que entreveo, enceguecido por los brillos de la inmanente Justicia; pero, si hubiera de envidiar al muerto, llegaría también á envidiar al matador convencido. En cuanto á matar por matar, esa monstruosidad está fuera del alcance de la comprensión de mi espíritu.

Cuando la atmósfera política llega á caldear los cerebros de tal manera que la sanción moral queda atrofiada en el del pueblo, vienen á la tierra, y la devastan ó revuelven, ya envueltos en su velo de perdón, los Marat y los Torquemada; pero solo en calidad de fuerzas brutas. Propulsores necesarios, son como esos cata-

clismos, que, después de la irresponsabilidad de sus devastaciones, dejan, al fin y al postre, sobre el suelo transformado, el fermento que fecundizará las tierras que desolaron. Y para quien, como el poeta, todo lo mira de la insuperable altura de la bondad, no hace mejor obra el sedimento que allega el polvo craso y bienhechor, que el violento cataclismo. El dolor también procrea, y de su cruzamiento con el placer salen los grandes caracteres.

De que, naturalmente, sea más simpática la noble figura de un Camilo Desmoulins, ó de un Andrés Chenier, (el cual parece una sombra de idealidad), que las siluetas vibrantes de un Dantón, ó de un Robespierre, no se puede inferir, impulsado por una moral presbítica, que la nación deba solo sus bienes á los llamados « suaves », y tan solamente sus males á los llamados « violentos ».

Pero si es que existen los verdaderos é inapelables actos criminales, merecen más que nada, nuestros ruegos. Harto castigo tienen los que delinquieron, con la perpetuación, inflexible y casi vengativa de la no siempre insospechable Historia. Sus acciones descarnadas, son suficiente castigo; y no puede ser necesaria, para la edi-

ficación del espíritu público, otra sanción, que, aquella benévola é innata, que, el hecho en consonancia con nuestra vibración interior, haga brotar desde el fondo de la piadosa conciencia en el alma del patriota.

F. S. y C.

París, 25 de Mayo de 1902.

---

## INDICE

---

I.	Visión del Poeta.. . . .	9
II.	Ambiente de bondad. . . . .	19
III.	La jauría. . . . .	33
IV.	El Jurado. . . . .	41
V.	La acusación. . . . .	51
VI.	Remordimiento. . . . .	87
VII.	Veredicto del silencio. . . . .	101

### POST-SCRIPTUM

A quien hubiere leído. . . . .	113
--------------------------------	-----

---

